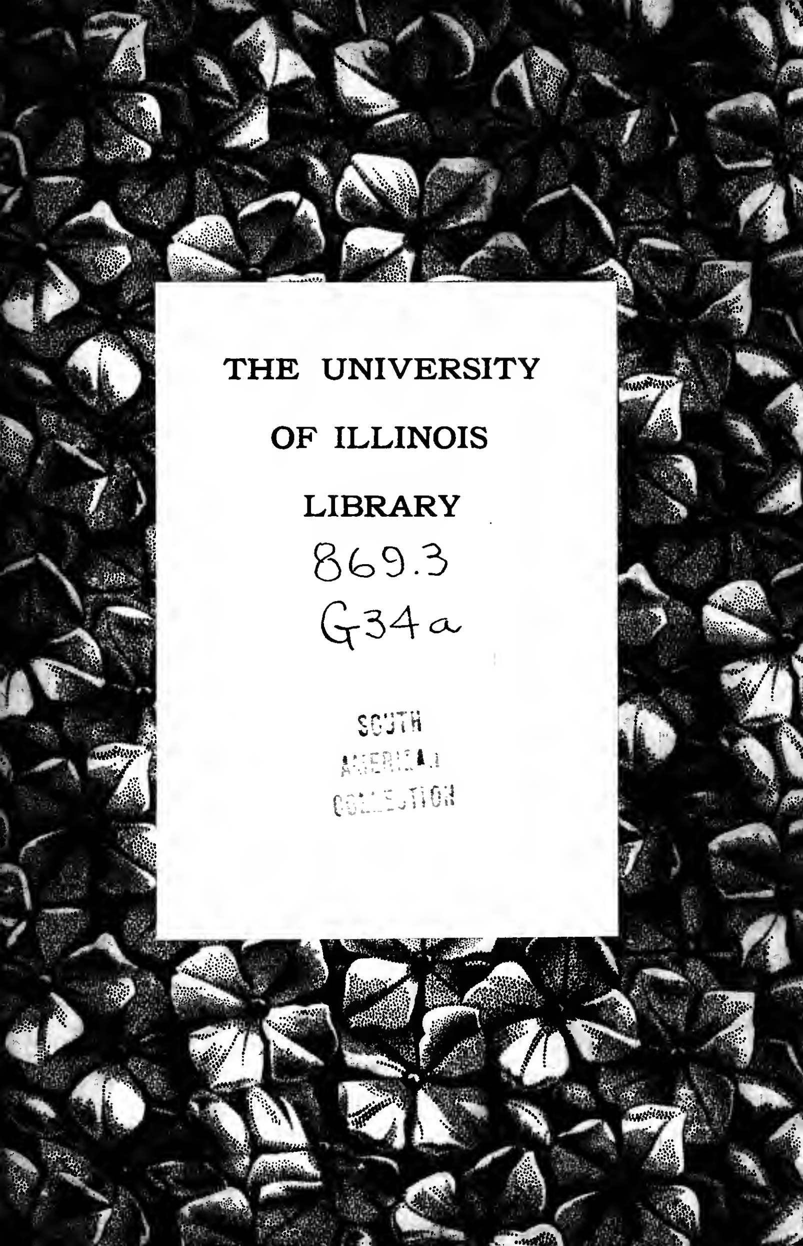




Menendez
Amillas, J. A.

ALBERTO GHIRALDO

Alma Gaucha

DRAMA EN 3 ACTOS Y 6 CUADROS

BUENOS AIRES
1907

PERSONAJES	ACTORES
Alma	Herminia Mancini
Cruz	Pablo Podestá
Teniente instructor	Juan Mangiante
Cabo 1º	Eduardo Zucchi
Cabo de cuarto	Luis Grimaldi
Soldado Galíndez	Máximo Gutiérrez
Otro soldado	C. Guido Piotti
La tía Vicenta	Aida Fontanella
Preso 1º	Valerio Bondesio
» 2º	José Petray
» 3º	Rómulo Daniello
» 4º	Eduardo Zucchi
» 5º	Joaquin Fontanella
» 6º	Diego Figueroa
» 7º	Juan Fernández
Soldado 1º	Alberto Ballerini
» 2º	Valerio Bondesio
» 3º	Ubaldo Torterolo
» 4º	Rómulo Daniello
Jefe de presos	Pedro Gialdroni
Otro jefe	Ubaldo Torterolo
Presidente del Tribunal	Arturo Mario
Secretario » »	José Brieba
Vocal » »	Juan Mangiante
Abogado defensor	Francisco Ducasse
Un espectador	Gabriel García
Otro espectador	Delfor Márquez
Un sacerdote	Máximo Gutiérrez
Un médico	Eduardo Zucchi
Un periodista	Alberto Ballerini
Oficial de capilla	Ubaldo Torterolo
Guardian 1º	C. Guido Piotti
» 2º	Serafín Macchi
» 3º	Diego Figueroa
» 4º	Juan Fernández

Reclutas—Presos—Público

Actos 1º y 3º en Buenos Aires—El 2º en la Isla de los Estados
Epoca actual

Acto Primero

CUADRO PRIMERO

La escena representa un patio de cuartel. A la derecha un cuarto de baño. Fondo é izquierda puertas y ventanas. Antes de levantarse el telón se oyen los primeros toques de diana.

ESCENA PRIMERA

SOLDADOS 1°. 2°. y 3°. barriendo.—Otros se pasean.—
Conversan y salen.

SOLD. 1° ¡P'cha con los reclutas estos! ¡Ah, maulas! ¡Ni barrer saben!

SOLD. 2° (*Deteniéndose en la tarea, y apoyándose en el mango de la escoba*).—¡Qué nos cuenta maestro! ¡A ver; enseñenos, pués!

SOLD. 3° (*Imitándole en el ademán*). Me parece bien. Aquí se aprende de todo.

Yo voy á salir hecho un disionario. *(Dirijiéndose al soldado 1°)* Diga, entónces ¿en cuantos tiempos es la cosa? Primer tiempo: escoba en tierra ¿verdad? Segundo *(accionando)* cuerpo en movimiento. Tercero: ja! ja! ja! ¡No embrome, amigo! ¿Que quiere? ¿Que barramos también militarmente? ¡Esto ya es jorobar demasiao! Se lo digo en serio. Mire, Vd. está enfermo. Picao de militaritis...

SOLD. 1° *(Asombrado)* ¡Pero, hombre! Yo les quería enseñar y Vds...

SOLD. 2° Enseñar á qué.

SOLD. 3° A barrer, pués; ya sabés que aquí se aprende todo de nuevo. Y todo se hace en tres tiempos.

SOLD. 2° ¿En tres? No digás. . . ¡Si aquí no se acaba nunca nada!

SOLD. 3° Es claro, porque se cuenta así: una, dos, tres. . . una, dos, tres. . . una, dos, tres.

SOLD. 1° Bueno, no sean cargosos, yo no he dicho nada. Dejense de historias y á tomar mate. *(Aparece otro soldado que sale del baño con una toha-*

lla en la mano. Dirigiéndose á él) Soldado Galindez. ¿Quiere traer de la cuadra los chismes del mate? Mientras, nosotros terminamos y prendemos fuego. (*Dirigiéndose á los soldados que barren*). ¿Que les parece muchachos?

SOLD. 3° ¡Claro esta! ¡A ver, ché! ¡En un tiempo! ¡Qué diablos! *(Da fuertes escobazos*).

SOLD. G. *(Terminando de secarse la cara*). Tengo sueño y tengo hambre. Francamente: no las voy de milico. (*Pausa*). En fin, paciencia. Voy, me pongo buen moso y vuelvo con los chismes. *(Sale. Los soldados dejan las escobas y preparan fuego en un brasero*).

SOLD. 2° (*al* 3°).—¿Que me contás ché del teniente instrutor? Del nuevo.

SOLD. 3° Perro á la fija. ¡Ese muerde, che!

SOLD. 2°. Eso será si antes no le rompen los dientes.

SOLD. 1° No me parece. . .

SOLD. 3° ¿Por que?

SOLD. 1° Porque aquí no se corren esas ca-

rreras, y porque, al fin y al cabo, ese es lo mismo que todos. Cuestión de genio no más.

SOLD. 2º ¡Que cuestión de genio! ¡Le digo que es entrador el mosito! Y de mala indole. No hay más que verlo. Yo lo calé en cuento pisó el cuartel. Con este, pocas pulgas, dije y de darle, darle en el coco, y fuerte. ¡Con toda el alma! Así, no pa que aprenda,—este no aprende,—sinó pa que no se levante más.

SOLD. 1º Eso es perderse amigo. No embrome. Hay que aguantar no màs. ¡Que le vamos hacer! Paciencia y esperar.

SOLD. 2º ¿El qué?

SOLD. 3º El relevo . . . por otro pior, de seguro. *(Aparece el soldado Galindez con los útiles para cebar mate).*

ESCENA II

LOS MISMOS.—SOLDADO GALINDEZ

SOLD. G. Aquí está todo. (*Otros soldados comienzan á hacer rueda junto al bracero*).

SOLD. 1° (*á Galindez*) ¿Tiene agua la paba?

SOLD. G. Está llenita.

SOLD. 1° Saquelé un poco pa q'irva pronto. (*Cruz aparece por la izquierda; paseáse silencioso por el patio, absorvido, preocupado*).

SOLD. 2° (*al 3°*). Mirá, Cruz, el conscripto que vino el sábado. Con ese casi tuvo ayer el teniente una agarrada. Y parece entero el muchacho.

SOLD. 3° ¿Y porqué fué, ché? A ver, contá.

SOLD. 2° ¡Porqué querés que sea! Por lo de siempre. Porqué si, no màs. Puras macanas. ¡Si esto es pa volverse loco! Porque no das vuelta como un resorte cuando te dicen ¡jem! un plantón; porqué te falta un broche

en el botín, otro; porque un mosquito te ensució el puño ¡zaz! al encierro; y si protestas ¡canejo! ocho días sin ver el sol. ¡Malaya!

SOLD. 1° ¡No es para tanto compadre! No exagere así. Confiese que está hablando de puro gusto, no más.

SOLD. 2° De puro gusto, ó de pura rabia. Es claro, también uno tiene que desahogarse. Bueno. Cuente el caso de ayer que me interesa. Vd. sabe que ayer yo estuve franco.

SOLD. 3° Pués fué así . . . (*Cruz se allega al grupo*).

ESCENA III

LOS MISMOS.—CRUZ.—OTRO SOLDADO

CRUZ ¡Salú, camaradas!

SOLD. 3° De Vd. iba hablar amigo. Si me permite. . .

CRUZ Con mucho gusto. ¿Porque no?

SOLD. 3° Se trataba del caso de ayer. Su caso, la bronca con el teniente.

CRUZ Eso me tiene mal. Después del hecho no estoy tranquilo. Presiento y sufro.

SOLD. 2° En fin de cuentas ¿qué fué?

SOLD. 3° Pués nada, que aquí el amigo este (*por Cruz*) es el más recluta de todos y por lo tanto el que menos conocimientos tiene en el ejercicio. Ya saben Vds. como es el teniente. Bueno. Ayer estaba de más mal humor que nunca y porque no hizo bien un movimiento lo retó fiero. Aquí el amigo se retobó, todos lo vimos, y cuando creíamos que iba á pasar algo gordo porque empezó á contestar fuerte, se presentó el comandante y el teniente envainó.

SOLD. 2° ¡Así me gusta un criollo! (*A Cruz*) Vd. es de mi laya amigo, no hay que dejarse montar por nadie.

SOLD. 1° ¡Otro gallito! No digo yo.... Si aquí todos son más guapos que Moreira. (*Cruz lo mira*). No lo digo por Vd. amigo; es por este... (*Señalando al soldado 2°*).

SOLD. 2° Vea, yo no soy de su compañía

pero no es por hacerme el malo conmigo el teniente ese, tendría que hilar fino, muy fino. Creameló.

SOLD. 1° ¡Si le creo amigo! . . . Era por hacerlo hablar (*pausa*). En cuanto á Cruz lo que hay es que le tienen idea porque no se quiso enrolar ó se le olvidó, yo no sé. . . (*Ceba el mate y se lo pasa á Cruz, quien lo agradece con un gesto. Después siguen cebando por turno*):

CRUZ No fué olvido amigo, fué voluntá; no tengo porque negarlo.

SOLD. 2° Eso si que me gusta. ¿Quiere explicarse bien? Cuente.

CRUZ Es asunto largo y viene de mi padre que pelió con los indios.

SOLD. 1° Contra los indios querrá decir.

CRUZ No me equivoco tan feo, amigo. Peleó con ellos, contra el ejercito ¿sabe? Gaucho alzao y con razón, fué perseguido por la autoridá y entónces ganó la frontera.

SOLD. 1° ¿Vive su padre, amigo?

CRUZ Vive y sabe muchas cosas. Más que nosotros todos. Él me enseñó á no

querer al ejército. Y vean, es inútil; cuanto más lo conosco, peor es. Yo no he nacido para soldao ¡que quieren! No aguanto que nadie mande en mis actos y aquí todos lo mandan á uno. ¡Uno no es nadie! Es una cosa que la hacen marchar reculando ó avanzando, según la órden. ¿Hombres? ¡No somos hombres! Muñecos con resorte y gracias.

SOLD. 1° Así tendrá que ser, amigo. . .

CRUZ Esa es la razón de siempre. Que quiere, yo no la entiendo. Lo revientan á uno porque sí, y si quiere argumentar en seguida le tapan la boca; y á nadie se le ocurre otra cosa: hay que conformarse amigo; así tendrá que ser . . . ¡Yo no entiendo, no entiendo! Lo que si sé es que estas cosas van á perderme á mi.

SOLD. 1° No diga eso, amigo, pero ¿porque?

CRUZ Ahí está, pués, por eso, por su razón de hoy. La suerte perra, el sino. Así tendrá que ser . . . Ahora me parece ver más claro, y se me ocu-

rre que todos tenemos razón. Es natural: como todo tiene que ser...

OT. SOL. Diga ¿y como cayó en la trampa? ¿Vd. es de afuera, no? Vino con los del Azul ¿verdad?

CRUZ Si, yo trabajaba allí como trenzador. Me ganaba la vida ayudando al pobre viejo y haciendo cosas que él me enseñó: riendas, cabrestos, bosales, estriberas, rebenques . . . Y domando, es decir, enseñando redomones, haciendo caballos. Un día, un mal día ¡velay! hace ya como seis meses, fuí testigo en un incidente. Me citaron de la comisaría y yo tuve que ir. Allí supieron que yo no estaba enrolao y ahí no más me detuvieron. Después me condenaron á servir en el ejército. Me pasaron al 10, después al 4 y así hasta ahora. Hoy estoy aquí, mañana allí, siempre á dónde á ellos se les antoje. Entre tanto el pobre viejo está allá solo y sin fuerzas. Y es claro, todo esto es muy claro para muchos: así tendrá que ser . . . Yo ya me he

dado cuenta también. Ahora ya sé. Estas cosas van á perderme á mi. Será el sino. Bueno ¡que sea! ¡Pobre mi viejo! (*Como abstraído. Silencio. Aparece por el fondo el cabo 1º de la compañía*).

ESCENA IV

LOS MISMOS y el CABO 1º

CABO 1º ¡Aprontarse muchachos que se va á tocar lista! *(Suena el toque de lista mientras los soldados levantan el bracero y demás útiles. El cabo llama aparte á Cruz.)* Diga conscripto ¿porqué no da parte de enfermo? Después de lo que pasó ayer con el teniente sería bueno dejar pasar dos ó tres días sin que lo vea en las filas.

CRUZ ¿Le parece? (*El teniente atraviesa la escena por la izquierda y observa el grupo.)* Fíjese que lo que no ha de pasar hoy pasará mañana ¡que dian-

tre! Sin embargo, si Vd. cree.... Por mi no hay inconveniente. Bueno.

CABO 1° Entonces no se presente á lista. Eso sí, enciérrece en la cuadra. Que nadie lo vea.

CRUZ ¡Ahí está! Escondido porque sí, porque el mosito ese puede incomodarse si lo ve á uno; y no hay remedio, es lo mejor; porque sinó ¡guarda con el estrilo! ¡Vaya con la vida ésta! ¡Hasta donde habrá que aguantar!

CABO 1° Paciencia. . . .

CRUZ (*Interrumpiendo*) No diga, ya sé: así tendrá que ser ¿verdad? . . .

CABO 1° ¡Naturalmente! . . .

CRUZ Bueno. Gracias y hasta luego. Voy á encerrarme. (*Sale.*)

ESCENA V

CABO 1°, CABO 4°, el TENIENTE y la COMPAÑÍA

CABO 1° ¡A ver! ¡Compañía de reclutas! ¡A formar! (*Saca una lista escrita y comienza á nombrar á los concriptos*). Juan Robles.

UN SOL. ¡Presente!

CABO 1° José Pedernera.

OTRO S. ¡Presente!

CABO 1° Pedro Ríos (pausa). ¡Pedro Ríos.!

OTRO S. ¡Presente! (*Entra el teniente instructor*).

CABO 1° Alfonso García.

OTRO S. ¡Presente!

CABO 1° Luis Romero.

OTRO S. ¡Presente!

TENIEN. ¿Y el soldado Cruz?

CABO 1° (*Consultando la lista.*) Tiene parte de enfermo, teniente.

TENIEN. ¿Enfermo? A ver. ¡Cabo cuarto! (*Se presenta el cabo 4°*) Dígale al mé-

dico que examine al soldado Cruz. ¡Enfermo! ¡Yo le voy á dar enfermo al gauchito ese! Recien estaba aquí. Lo he visto muy garifo. ¡Estas son mañas no más! Ya se las quitaremos. ¡Compañia! Firmes. (*Da algunas voces de mando y la compañía empieza á maniobrar. En sus voces de mando el teniente debe mostrar gran energía y autoridad. Se presenta el cabo 4°.*)

CABO 4° (*Haciendo la venia militar*). El médico dice que el soldado Cruz no está enfermo.

TENIEN. ¡No decía yo! Hágalo venir inmediatamente. (*Váse el cabo. Continúa la instrucción. Se presenta Cruz*).

ESCENA VI

LOS MISMOS y CRUZ

TENIEN. (*á Cruz*) ¡A ver gauchito sonso, incorporáte á las filas y marcá el paso como es debido! ¡Con mañas á mi! ¡Yo te voy á dar! (*Cruz lo mira enérgico pero con serenidad que indica una gran resolución. Queda inmóvil.*) ¡Que estás mirando! ¡Caminá! ¡Incorporáte te he dicho! ¡No entendés! (*El teniente avanza sobre Cruz.*)

CRUZ (*Cuadrándose resuelto*) ¡Teniente, respéteme!

TENIEN. ¡A las filas, he dicho! (*Quiere darle un empujón pero el soldado lo contiene con brazo firme. El teniente saca la espada y pretende golpearle. Cruz lo desarma después de una rápida lucha. El teniente corre al interior del cuartel. Confusión en las filas.*)

CABO 1º ¡Compañía, firmes!

CRUZ (*Tirando la espada*) ¡Mi suerte perra, el sino!...

(*Aparece el teniente empuñando un revolver. Dispara contra Cruz á quien hiere en el hombro derecho. Este, al sentirse herido, pretende tomar la espada que está en el suelo. El cabo y un soldado se interponen.*)

CRUZ (*Al teniente*) ¡Cobarde! ¡Bellaco! ¡Traidor!

TENIEN. (*Al cabo 1º*) ¡Ahora si está enfermo! ¡A la cuadra con él!

CABO 1º A la enfermería, teniente....

TENIEN. ¡A la cuadra, he dicho! ¡Compañía! ¡Media vuelta á la derecha! ¡Paso redoblado, march! (*La compañía marcha en sentido contrario al en que vá el herido llevado por sus compañeros, mientras el telón desciende.*)

CUADRO SEGUNDO

La escena representa otra parte del patio del cuartel. A la derecha pieza de Cruz con puerta al patio.

ESCENA PRIMERA

CRUZ.—SOLDADOS 2° y 3°

CRUZ *(Recostado en la cama; se dirije al soldado 2° que estará sentado. Alcanzándole un número de un diario).* Lea amigo ese telegrama de Corrientes sobre la conscripción. Lea fuerte para que se entere también este compañero. *(Por el soldado 3° que se pasea á pasos lentos).*

SOLD. 2° *(Tomando el diario y leyendo)* «*Quejas de los conscriptos. Hechos bochor-*

nosos. Palizas y otros excesos. «Comunican de Santo Tomé que son innumerables las quejas de los concriptos, recibidas hasta hoy, sobre malos tratos por parte de los jefes y oficiales. Se sabe, positivamente, de varios soldados heridos por sus superiores, así como de algunos casos de indisciplina é insubordinación producidos á raíz de aquellos abusos».

SOLD. 3° ¡Vaya un modo de dar noticias! Indisciplinados, insubordinados porque no se dejan matar por los jefes! ¡Que ricos tipos!

CRUZ *(Al soldado 2°)* Siga leyendo amigo; ya verá cosas más bravas.

SOLD. 2° *(Leyendo)* «El batallón 6° mandado por el comandante Cardoso, llegó ayer á esta capital despues de una marcha forzada en que, se dice, sucumbieron de cansancio varios de los concriptos. No envío sus nombres porque la comandancia los oculta. Además de los brutales tratos, los conscriptos se quejan por la clase inferior y la escasez del alimento

que se les dá. Se sabe que varios jefes aprovechan de sus puestos para realizar pingües negocios de acuerdo con los proveedores.»

CRUZ ¿Qué tal? Los matan á palos ó los matan de hambre. Y encima hacen plata... ¡Ah, patriotas lindos! ¡Viva el ejército! (*Se incorpora en la cama con un movimiento brusco y, al ponerse de pié, se lleva la mano izquierda al hombro derecho herido*). ¡Y esto no está en los telegramas!... (*por su herida*). No ha salido todavía del cuartel. Çada día que pasa me indigno más. Y eso que ahora nadie me molesta. Es claro, me han dado esta pieza para que me cure con mucha reserva. Preso estoy y sin vigilancia.... Y no estoy tan mal que digamos. ¡Pero es que no puedo ver ciertas cosas! Ya no es solo el teniente ese. Ya se que el capitán lo apoya y el comandante también. Dicen que es su pariente y que por eso puede hacer aquí lo que quiere. Yo no se ni ahora me

importa. De todos modos yo m'e d' ir de aquí. Fugao ó preso. ¡Eso si, no formo mas!

SOLD. 2º Usté tiene razón Cruz, toda la razón para estar así, pero fíjese bien en lo que hace, mire que estas cosas son fierazas; lo enjaulan á uno por cualquier cosa ó lo matan si á mal no viene. Usté ya sabe. Prudencée un poco y vaya con calma. Por otra parte si Vd. quiere y nombra un buen defensor, lo va á hundir al teniente ese. Por más padrinos que tenga. No lo ponga en duda. *(El teniente aparece en el patio y comienza á pasearse).*

CRUZ ¡Hundirlo, hundirlo! Vea amigo, á decir verdad, yo no deseo hundir á nadie. Lo que quiero, eso si, es que me dejen libre. No pido más. *(Pausa)* ¡Pero qué! Vendrá el proceso, si viene, porque ya se ve que piensan taparlo todo, y resultará que yo me he insubordinado. Porque aquí, ya se sabe, hay que dejarse castigar y después quejarse, como los chicos...

Vean, yo no me quejo, pero ¡que me dejen! ¡que me dejen! Y ahora no hablemos más del asunto, lo que sea sonará. Pronto estaré sano del todo y entonces ya sabré bien á qué atenerme. (*Pausa*) ¿Quieren que echemos un truco? Jugaremos de gallo. Aquí están las cartas. (*Las saca de debajo del colchón y se dirige á la puerta á la que echa pasadores.—Al soldado 3º)* Dé Vd. las cartas amigo, ya sabe que yo no puedo todavía. *(Por el hombro herido.)*

SOLD. 3º *(Tomando el mazo y sentándose. Baraja y da cartas. Cruz se sienta en la cama y empeñan la partida.)*

ESCENA II

En el patio.—EL TENIENTE y ALMA.

ALMA (*Por la derecha dirigiéndose al teniente*) ¿El oficial de guardia?

TENIEN. ¿Que desea? Diga.

ALMA (*Con cierta cortedad*) Yo venía . . .

por el soldado Cruz. Necesito verlo y me han dicho que primero tenía que hablar con Vd.

TENIEN. ¿Y Vd. quién es?

ALMA Yo . . . una amiga.

TENIEN. ¿Vd. sabe que Cruz está enfermo?

ALMA Sé que está herido, que lo han herido aquí. El me lo ha escrito y por eso vengo.

TENIEN. ¿De dónde viene Vd.?

ALMA De su pueblo, de nuestro pueblo, señor, del Azul.

TENIEN. Vamos, Vd. es su novia ¿verdad?

ALMA Novia ó lo que sea. Soy quién lo quiere. (*Pausa*). Ahora diga ¿puedo verlo?

TENIEN. (*Después de meditar un momento.*) Mire, no sólo puede verlo sinó que puede llevarlo. (*La mira con fijeza*).

ALMA ¿Llevarlo? ¿Llevarlo? Pero ¿de veras? ¿Cumplió ya su condena?

TENIEN. No...

ALMA ¿Y entónces? (*con duda remarcada*)

TENIEN. No piense nada malo. Él, si quiere, puede irse sin que nadie lo moleste. Le conviene y me conviene.

ALMA ¿A Vd?

TENIEN. Le diré. . .

ALMA ¡Entónces Vd. fué quién le hirió! ¡Y no me lo han dicho estos ojos!

TENIEN. Fué un arrebato, un mal momento... fácil de remediar por otra parte...

ALMA Entónces puedo decirle que Vd...

TENIEN. (*Saca el reloj*). Si, que esta misma noche, antes de tocar silencio, puede salir del cuartel. Nadie se lo impedirá. Yo estoy de guardia hasta las diez. Ya sabe. Y, si necesita algo, que avise. Vaya y hable con él. Esa es su pieza. (*Le indica la pieza. Alma se dirije á ella y golpea. Los jugadores guardan las cartas. Cruz se acerca á la puerta y entreabre el postigo*).

CRUZ ¡Es Alma! Voy á abrirle. (*Hace esfuerzos por abrir y no puede. El soldado 2º le ayuda. Entra Alma y los soldados se van.*)

SOLD. 2º (*Saliendo*). Esta si que es flor y truco. Hasta luego Cruz.

SOLD. 3º (*Mirando de reojo á Alma*) ¡Contraflor al resto, hermano! Hasta luego. (*Salen*).

ESCENA III

CRUZ y ALMA

CRUZ ¡Pobre mi china! ¿La hago sufrir, verdad? ¡ Qué quiere, la vida es triste! ¡Aquí me tiene herido y preso por un mándria!

ALMA Yo estoy triste también pero no tanto. Te veo y se me hace luz el dolor porque te he soñado muerto más de una vez. *(Lo acaricia)*. Soy tu china, acordáte, que iría á buscarte al mismo infierno entre diablos y todo.

CRUZ Mirá, si has llegado aquí hacé de cuenta que has pasao por allí.

ALMA ¿Por el infierno?

CRUZ Si, mi vida, esto es peor que el infierno.

ALMA Bueno, yo vengo á sacarlo á Vd. del infierno. Dígame primero ¿como está su herida? A ver, muestremelá inmediatamente. Yo quiero verla. Dónde es ¿aquí? Sáquese el saco.

CRUZ ¡No es posible, Alma! Aunque ya estoy muy mejor la herida no ha sido juguete. Estoy todavía vendado por el médico. La bala atravesó un hueso y rompió muchos tejidos. (*Pausa*). Después estas son cosas feas que no deben ver las mujeres. Sabé sólo que pronto, muy pronto, estaré sano del todo. Ahora explicame vos eso de la salida. Me hace gracia. ¿Como era?

ALMA Dejáme descansar un momento y después atendé bien lo que voy á decirte porque es muy serio.

CRUZ Sientesé aquí, en esta silla, la más enterita, venga. (*La hace sentar*) ¿Quiere que la invite con un mate? Aquí está la yerba y la azúcar. (*Pausa*) Ahora me gusta la azúcar ¿sabés? Ya no tomo cimarrones. Mientras, digamé como está el viejo y los amigos del pueblo.

ALMA El viejo no está muy bueno, para que voy á engañarte.

CRUZ ¿Pero que tiene? Decime.

ALMA El pobre está muy viejo y, es natural tiene achaques.

CRUZ ¡Pobre viejo! Pienso más en él que en mi. ¡Quién sabe si volveremos á encontrarnos! (*Con cierta inconsciencia abandona los útiles del mate*).

ALMA Pero ¡qué decís! ¿No sabés que hoy mismo vos podés salir de aquí si querés?

CRUZ ¿Hablás en serio, Alma? Esplicáte, te digo.

ALMA Bueno, escuchá porque va de veras. El teniente ese, el que te hirió, dice. . .

CRUZ ¿Vos has estado con el teniente? ¡Es claro! Sin órden de él no hubieras llegao aquí. Bueno ¿y? Seguí. ¿Qué dice ese guapo?

ALMA (*Con misterio bajando la voz*). Que esta misma noche, antes de tocar silencio, podés salir del cuartel. Nadie te lo impedirá. Él está de guardia hasta las diez (*Pausa*). Y mirá, yo quiero que salgás ¿sabés? Si, hacélo por mi, salí. yo tengo miedo de que te quedés.

CRUZ ¡El teniente! ¡El teniente! ¡Es mi sombra mala! ¡Con que si, no! ¿Quiere que me vaya? Así me saca del camino y le será más fácil salvarse. (*Pausa*). Era el resultao previsto. Con razón tanto misterio después del hecho. De ningún modo le conviene mi presencia. Es claro. Sin acusador ¿quien va á mover el asunto? ¿El capitán, su amigo íntimo? ¿Los otros oficiales, compinches todos? ¿El comandante, su pariente? ¡Bah! Pavadas. ¡Y yo tampoco! Si me quedara me embromarían por otro lao. Ya se sabe, la cuerda. . . ¡Es cuestión vieja! ¡Eh, qué diantre! ¡Que se salve! Vea mi china ¡por Vd. por el viejo y por mi! Estoy resuelto: me voy de aquí. ¡Que me importa lo demás! Huir si, huir de esta infamia, de este dolor, de esta sombra. No aguanto más. ¡Me voy! ¿Ha dicho que hoy, que esta noche? Pués hoy, esta noche. ¡Ya está dicho! (*La besa*).

ALMA ¿Y no habrá algún temor? ¿No que-

rrán hacerte algo malo? ¿Sabés que todo esto me hace pensar recien ahora? Yo no sé, fijáte bien en lo que hacés. Todo me da miedo.

CRUZ No, mi vida; el asunto es claro, como el día. Yo me voy y á él le conviene.

ALMA Él dice lo mismo.

CRUZ ¡El! ¿Te lo ha dicho? ¿Así?

ALMA Con las mismas palabras: «Le conviene y me conviene». Decime ¿no es igual? Bueno, así habló. Y también me dijo que si necesitabas algo le avisaras. . .

CRUZ ¡A él! Vaya con el moso. ¡Enseguidita! Si, no hay que darle vuelta. La cosa es esa. (*Pausa*). Y yo que me he olvidao de darte un mate. ¿Que cumplido, dirás vos?

ALMA Mirá, no tengo ganas de tomar nada. El viaje no me ha sentao. Vos sabés que me falta costumbre. Llegué á las once y caminé mucho para llegar á lo de mi tía Vicenta dónde almorcé. Después caminé más para llegar hasta aquí y, franca-

mente, me he cansao. ¿Si querés que te cebe á vos? ¿Tenés ganas?

CRUZ No, yo era porque tomaras algo antes de irte, pero si es así, dejá no más.

ALMA ¿Entónces esta noche salís, verdad? Yo te voy á esperar cerquita del cuartel, decíme ¿dónde?

CRUZ Mirá, tcm un ccche á las ccho en punto y aquí á la vuelta (*le indica una calle*) esperá. Saldré de particular. Aquí tengo traje y todo.

ALMA ¡A las ocho! ¡Estoy más contenta! ¿Y adonde diablos nos metemos?. . .

CRUZ Eso dejálo por mi cuenta. Yo tengo amigos. Cuevas no faltan. . . Y mañana ¡al pueblo! ¡á ver al viejo! (*Pausa*). Aunque mejor será que nos cortemos solos. ¡Nada de amigos! Por otra parte yo necesito dinero. Mirá, vos podés hacer esta diligencia. Tenés que ir antes de las seis (*saca el reloj*) y son ya las cuatro y media, á esta casa (*le entrega una direccíón*) te puede acompañar la tía Vicenta, ella conoce bien las calles de

Buenos Aires, y empeñas estas alajitas. (*Se saca las alajitas y se las da*). No valen mucho pero algo es algo. Nos alcanzará. Ya verás. ¡Porque lo que es la plata del teniente no me sirve á mi....!

ALMA Entónces me voy. Ya es tarde y no hay que perder tiempo. Hasta luego. A las ocho. Mirá que si no salís yo entro al cuartel á buscarte.

CRUZ Adiós prenda. ¡Hasta luego!

ALMA (*Retirándose*). Y si me habla el teniente ¿qué le digo?

CRUZ Que si. Resueltamente. (*Alma sale. Él la acompaña hasta la puerta y la vé alejarse. El teniente ha aparecido en el patio un momento antes. Debe pasearse como al principio. Espera la salida de Alma. Cruz comienza los preparativos de la fuga cambiándose de ropa.*

ESCENA IV

EL TENIENTE y ALMA

TENIEN. ¿Y? ¿Habló con el preso? ¿Está resuelto?

ALMA Si señor. Saldrá á las ocho.

TENIEN. (*Con satisfacción*). Lo esperaba. Esto era lo razonable. Así damos un corte, que puede ser definitivo, á este enojoso asunto. ¿Necesita algo el preso?

ALMA De Vd. no, teniente . . . Tengo especial encargo en comunicarselo. (*Saluda y sigue su camino. El teniente contesta el saludo, la mira un momento y continúa su paseo*).

TENIEN. ¡Vaya! ¡No podía ser de otra manera! ¡Asunto concluido!

TELÓN

Fin del Acto Primero

Acto Segundo

CUADRO PRIMERO

---

a escena representa un pedazo de la Isla de los Estados donde está ubicado el presidio militar de San Juan. A la izquierda del espectador dos pequeñas habitaciones, ranchos de miserable aspecto. A la derecha la casa de la gobernación del presidio. Al fondo el faro de San Juan. Entre la casa de la gobernación y el faro un grupo de presos construyendo un camino.

ESCENA PRIMERA

CRUZ.—PRESOS 1°, 2°, 3° y 4°

PRES. 1° *(Sentándose)* ¡Yo no trabajo más! Hace tres días que entró barco al puerto y los soldados están todos mamaos. Después, hoy es el día nuestro. *(Al preso 2° llamándole cerca y bajando la voz.)* Decí, ¿el penado ese está con nosotros? *(Por*

(Cruz) ¿Nadie lo ha habláo? ¡Y parece bueno el muchacho! ¡Como vamos á dirnos sin decirle nada! ¡P'-cha con los compañeros!

PRESO 2º A mi recien ayer me hablaron los otros presos del asunto. Como siempre están por sublevarse, yo no les llevé mayormente el apunte. Les dije que si, nada mas. En cuanto á ese no se que decirte... Parece bueno el muchacho, si. Pero es tan reservao... Hace seis meses que vino y como si fuera ayer. ¡Cerrao siempre! ¿Vos sabés bien porque está?

PRESO 1º ¡Pero hombre! Por lo mismo que vos. Diez años por insubordiñación y deserción: al menos eso es lo que dice el parte, porque ya sabemos como son las cosas. Los jefes los muelen á palos y después resulta que los conscritos se han insubordinao.

PRESO 2º Algo así me habían referido. Pero no él. Él no habla ni esto. *(ademán con la uña en la boca.)* Hace lo que le ordenan todos los días y, después, al rancho con la muchacha.

Preso 1º Eso si, apesar de todo ¡suertudo el hombre! Porque mirá que tener mujer que lo siga á uno hasta aquí... Y la verdá es que la muchacha es fresca como lechuga.

Preso 2º Lo que es á nosotros todo nos parece agua filtrada... Claro, estamos con sed siempre. Mirá, aquí hay seis mujeres y nosotros somos cincuenta. No alcanzarían ni con multiplicación y todo...

Preso 1º A ver, sacá la cuenta.

Preso 2º Treinta... y pico. Ya me olvidé.

Preso 1º ¿Y vos como no has podido traer á tu peor es nada? Ya sabés que aquí, teniendo mujer, nos dejan vivir en los ranchos.

Preso 2º Mirá, mejor sería no hablar del asunto. ¡Yo no las voy! Eso sería traer carne pa que otros coman... Decí ¿te gustaría á vos ser proveedor?

Preso 1º ¿A mí?

Preso 2º ¿Pero no te dás cuenta? ¡Si los jefes tampoco tienen donde arrimarse!... Acordáte sinó lo que pasó con el

soldao Aguirre y el comandante Urquiola. El soldao, de plantón siempre; y el comàndante, en el rancho con la prenda... de plantón siempre también. ¡Y andá después á quejarte!

Preso 1° Tenés razón. ¡Cuerno y palos! No hablemos más... *(Pausa.)* Decime ¿y vos conocés bien la isla?

Preso 2° ¡Como á mis manos! Y ahora te voy á cantar una verdá. Si no tenemos quien nos recoja nos vamos á morir todos, de hambre, de frío ó de algo peor. Esta tierra está maldita. Por eso han hecho en ella el presidio. ¡Mandar aquí á un milico es como mandarlo á la muerte!

Preso 1° Será apropósito ché. Ahora estoy pensando que ellos quieren que reventemos de un modo ó de otro y se acabó! Y ¿te acordás? Me da risa: decían que querían hacer aquí una colonia ó cosa así pa poblar....

Preso 2° ¡Canejo! Si aquí al nacer se quedan tiesos los chicos. Aquí, ya se sabe, no viven más que los sabandijas. Y nosotros...

PRESO 1° Tenés razón, hermano; esto es la muerte. Aquí todo es piedra, turba y monte. ¡Y metéte á andar! Te hundís, hasta el tobillo, en la turba; llegás al monte y tenés que abrirte camino á filo de hacha; después seguís y te dás contra las piedras, si es que aún podés respirar. ¡Esto no se ha hecho pa que vivan cristianos!

PRESO 2° Ya te digo, si no nos recoje pronto algún barco no aguantamos ni ocho días. Y eso, comiendo ratas. Pero en fin, ¡muerte por muerte! ¡Yo estoy resuelto á todo! *(Pausa)*.... Después dicen qne cuentan con dos botes ó lanchas, no sé.

PRESO 1° ¡Esos son cuentos! Aquí no hay bote que valga. Nos iríamos á pique con los remolinos ó las rachas antes de salir de las costas. Necesitamos un barco y grande. Acordáte lo que pasó con las balleneras del presidio cuando la otra evasión. ¡No quedó ni una sana! Naufragaron las tres y se ahogaron siete presos. Ya te digo, es

inútil pensar en salvarnos si no contamos con un barco y grande.

Preso 3º (*Apoyándose en la pala y dirigiéndose á los que conversan.*) Lo que es por Vds. no se termina hoy el camino hasta el faro á buen seguro. Ni hoy ni nunca.

Preso 1º No digás pavadas vos. Ya sabés que hoy tomamos nosotros el camino del medio. El camino al faro, que lo haga el gobernador, cuando vuelva de Buenos Aires. A ver, dejá la pala y hablemos de lo que nos interesa. Y Vds. muchachos también. Nadie nos mira ¡qué diablos! Ya saben que hoy los centinelas están muy ocupados en arreglar la carga que trajo el último barco, el que salió ayer. Y en empinar la limeta. Hoy le pegan fuerte. Claro, hace frío y los pobres aprovechan...

Preso 3º Y por casa ¿como andamos? A ver, pasá el bastón pa apoyarme un poco. Estoy medio cansao . . .

Preso 1º (*Alcanzádole una caña simulando un bastón. La caña contiene bebi-*

da). Mirá que ya está tecleando; no te le afirmés muy fuerte. . .

PRESO 3° (*Contemplando el bastón*). Y esta la trabajé yo con un fierro caliente (*acción de barrenar*). Le entra cerquita de un litro. ¡Quién diría! (*Destapa la caña y bebe*).

PRESO 1° (*Tomándole la caña é impidiéndole beber más*) ¡Eh! ¡No abusés de la confianza! ¡Apeate y desencillá, hermanito! (*Tapa la caña con gran cuidado y la guarda. A Cruz que ha continuado trabajando*). Diga, compañero ¿quiere oir algo importantante para Vd. y para todos?

CRUZ ¿De qué se trata? Ya escucho.

PRESO 1° Pués nada, que hoy, al toque de rancho, dentro de media hora á más tardar, nos sublevamos los presos. Ya está todo arreglado y no hay más que disponer. ¿Quiere ser de la partida? Si ó no. La cosa ya no es pa discursearla.

CRUZ ¡Si es así ni que hablar! Por mi parte está el dado tirao.

PRESO 2° ¿Y la compañera? ¿Ha pensao en ella?

CRUZ Por ella lo hago. De todas maneras, aquí por ella, muchos me odian y otros muchos me envidian; por ella tendré que hacer una barbaridá un día ú otro.

PRESO 3º Entónces, amigo, arregle la cosa cuanto antes. Vea, á las diez, antes de tocar rancho, nos reunimos todos en el peñón grande. De allí vamos á atropellar las guardias y de allí á tomar los fusiles. Creo que hay diez entre todos, pero, al fin, algo es algo. También cargaremos con algunas galletas y carne si hay, para el viaje. . .

PRESO 1º Explicále bien el asunto; vos sabés que el amigo es nuevo de aquí y ha andao poco por la isla.

PRESO 3º (*A Cruz*). Vd. si quiere, puede venir con el grupo nuestro. Nos vamos á partir en cuatro grupos. Nosotros trataremos de cortar para Chile, si encontramos la lancha que está en la bajada, frente á punta Melo. Yo y este, (*por el preso 4º*) somos gefes del grupo y habrá que

obedecernos hasta que estemos en salvo. (*Lo mira fijamente*). Le digo esto pa que no estrañe después. . . (*Con intención*).

CRUZ Vd. conoce el terreno ¿verdad?

PRESO 3º Tanto que me parece que hubiera nacido aquí.

CRUZ Si es así no digo nada. Yo me perdería en seguida. Bueno, gefe; le obedeceremos siempre que no quiera tratarnos como á conscritos. . . (*Tono un poco irónico*).

PRESO 2º Eso quiere decir que no te vas á pasar al patio. Ni vos. (*Por el preso 4º*).

PRESO 4º ¡Dejáte de paradas! Ya sabés que el que puede manda y nada más.

PRESO 1º Bueno hombre, no discutamos ahora; cualquiera diría que nos vamos á peliar antes de sublevarnos ¡Cuando estemos sueltos ya sabremos quién puede! Aquí no se pasa nadie. . . (*Se oye un toque de corneta*).

PRESO 2º Ahí tocan relevo. Palas al hombro pués y cada pájaro á su árbol.

CRUZ Me voy al rancho entónces á ha-

blar con Alma: será mejor y así no perdemos tiempo. Hasta luego. Antes de las diez en el peñon grande. Está dicho. ¡No faltaré ni muerto! (*Se dirige al rancho 1º de la izquierda á cuyo frente estará Alma haciendo fuego en un brasero. Alma ha abierto el rancho un momento antes y mientras hace fuego canta. Al enfrentarse á la puerta le hace señas con el mate en la mano. Los demás presos marchan en dirección de la derecha. Salen*).

ESCENA II

ALMA (Cantando)

Estoy á la sombra
VIDALITÁ
Lejos de mi prenda;
Llorando de rabia
VIDALITÁ
Dentro de estas rejas.

Espero sus cartas
VIDALITÁ
Pero ellas no llegan.
¡Será que habrá muerto
VIDALITÁ
La que fué mi dueña!

—

Si me has olvidado
VIDALITÁ
¡Que nunca lo sepa
El preso que llora
VIDALITÁ
Dentro de sus rejas!

ESCENA III

CRUZ y ALMA

CRUZ (*Sentándose*). A veces pienso, Alma, que si la vidalita fuera cierta yo sería menos desgraciado. Talvez sí me hubieras olvidao, sufriría menos. Yo sufro más por vos que por mí. Yo no te merezco á vos. Lo que has

hecho por mí, Alma, no se hace por ningún hombre. ¡Venir á vivir aquí! ¡Que digo, á vivir, á morir, porque aquí no hay otra huella! ¿Sabés una cosa, Alma?

Alma — Lo que yo sé es que sin vos tampoco podría estar en ninguna parte. Ya sabés, con vos la muerte en cualquier momento. ¡Yo soy Alma, *tu alma* gaucho! Vas á ver, un día hemos de ser felices. Yo sé que no se puede sufrir así siempre. Vos vas á cumplir tu condena y hemos de estar juntos sabés, aunque el diablo se ponga en el medio.

Cruz — Mirá Alma, escuchame bien, dentro de media hora, qué digo, menos, en cuanto toquen rancho, vamos á jugarnos el todo por el todo. Libres ó ó muertos, sabés. ¡Nos sublevamos!

Alma — ¿Estás loco ó hablás de veras? Ya se que vos no jugás nunca con estas cosas. Pero, ¿y yo? ¿Has pensao?

Cruz — Vos conmigo siempre. A estrellarte ó á vivir. Aquí no vive nadie. Mo-

rir de á poquitos ó de una vez ¿qué más dá? ¡Moriremos, Alma!

ALMA ¡Juntos! Te lo juro.

CRUZ O nos salvaremos los dos. (*Pausa*).

ALMA ¿En qué pensás?

CRUZ Pienso, Alma, en que mi cariño te ha perdido. Vos podías haber sido feliz.

ALMA ¡Sin vos nunca! Vos sos mi vida, triste y doliente; pero mi vida. Vos me has dado todo y este valor, este coraje que quema mi sangre,es tuyo; á vos solo te lo debo. (*Pausa*). ¿Y vos que culpa tenés? ¿Quién ha sufrido más y sin quejarse? Mirá y por eso estoy á tu lao, eso es lo que me ha hecho quererte tanto ¿sabés?

CRUZ Alma, nunca has hablao así vos.... ¡tan lindo!

ALMA Es mi cariño el que te habla ¿sabés? es *tu alma*.

CRUZ ¡Prenda mía! (*La abraza*). No sé porque tengo miedo. ¡Más que nunca! y al mismo tiempo me siento más capaz para todo (*Pausa*).Mirá, Alma, yo dentro de un ratito me voy á ir;

ya sabés que en cuanto toquen rancho es la cosa. Si salimos bien del entrevero yo vengo á buscarte y sinó vas vos á decirle adios para siempre á tu pobre gaucho.

Alma Quisiera estar á tu lao siempre. ¡Llevame ahora mismo!

Cruz Sería pior mi vida, para los dos. Vos me esperás aquí, no te movás. Yo vendré, te lo aseguro. (*Pausa, reaccionando completamente.*) ¡Hoy no me mata nadie á mí! Vestite de hombre pa poder andar entre la turba y el monte y aguardá. Ahi tenés un pantalón mío y un saco. A ver.... (*Hace ademán de entrar al rancho*). Preparame un mate ¿querés? Será el último que tomemos aquí. (*Entra al rancho.*)

Alma Abrigáte bien vos. Mirá que quien sabe el tiempo que andaremos penando. (*Prepara el mate.*)

Cruz (*Desde adentro.*) Yo no conozco bien estos parajes, ya sabés. Los compañeros han arreglao la cosa para ir á Chile.

ALMA Mejor. Fuera de tu tierra no te perseguirá nadie.

CRUZ *(Saliendo del rancho, con botas)*. Ya estoy listo. *(Alma le alcanza el mate)*. Mi cuchillo y mis botas; no tengo nada más que llevar. Vos pensá en el resto. Prepará lo que podás y cargaremos con lo que sea posible y pueda servirnos.

ALMA No se como voy á hacer para dejarte ir solo. ¿Y si te matan?

CRUZ Ya te he dicho, Alma. ¡Libres ó muertos! Pero hoy no me mata nadie. Me lo dice éste. *(Se toca el corazón)*. ¡Me tengo más fé! Mirá, esos milicos son unos gallinas. Ni van á peliar siquiera. Ya verás. Les tomamos las armas y los encerramos. De aquí vos podrás vernos. *(En el camino aparecen otros presos que han venido á reemplazar á los que trabajaban.)*

ALMA ¿Vos decís que les van á tomar las armas? ¿Y dónde las tienen?

CRUZ Están en la guardia. Eso es lo que me han dicho y yo lo creo. Vos sabés que aquí esto marcha como el

diablo. Los del piquete creen que los presos son unos desgraciados que ni quieren irse porque no tienen adonde. En parte, quizá, no se equivocan. Yo, sin ir más lejos, no sabría pa que lao rumbiar. En fin, que ellos no se esperan el golpe. Después que, según dicen, ni armas tienen tampoco. Imagináte: diez fusiles y no todos buenos, naturalmente. Ya ves, una bolada. La aprovechamos y nada más. Con que hasta luego. No te asustés y esperame después del toque de rancho.

ALMA Se me hace que querés engañarme para darme esperanzas.

CRUZ No, mi prenda. Miráme, ¡hasta alegre estoy! Dáme un abrazo.

ALMA ¡Tomá mi vida!

CRUZ Bueno, adios. La hora se acerca. *(La besa.)*

ALMA *(Enjugándose las lágrimas)* Lloro pero estoy fuerte. Aquí te espero. Vos volverás ó Alma morirá aquí mismo.

CRUZ ¡Yo volveré! *(Se desprende de los*

brazos de Alma y sale. (Cruza frente á los presos sin mirarlos.) Alma entra en el rancho).

ESCENA IV

VARIOS PRESOS

UN PRESO *(por Cruz)* Ahí vá el callao. No habla ni saluda. ¡Qué bicho lo habrá mordido!

OT. PRESO A la verdá que es serio el mosito. Debe ser orgullo ó veneno.

OTRO Tiene aire de payador con prenda y todo. ¿Nunca lo han oido cantar?

OTRO ¡No sean habladores! Cada uno es como es y basta ¿No les gusta? ¡Metánlo en su molde entónces! O haganlo de nuevo. . .

1er. PRES. ¡No digo yo! Ya metió este la cuchara. Aquí nadie puede decir esta boca es mia porque ya salis vos retando como maestro de escuela. No las voy con tus lesiones. ¿Sabés?

El Otro Entónces las vas á ir con estas (*le muestra los puños*).

1er. Pres. No me parece. . .

El Otro A ver ¡barajá esa! (*le tira un golpe con el puño que el otro esquiva habilmente. Al querer contestarle pierde pié y cae. Los demás presos ríen*).

Preso 5° (*Recostándose en la pala y con socarrona pausa*). Cuidao amigo, que se va á cáir. . .

1er. Preso (*levantándose*). Rodé fiero. Me la debés. ¡Acordate!.. (*Aparace Alma fuera del rancho vestida de hombre. Camina algunos pasos y mira hacia la casa de la gobernación. Los presos la divisan*).

ESCENA V

LOS M SMOS.—ALMA

Alma Todavía ha de faltar un rato. No sé lo que pasa en mi. Qué irá á suceder. Tengo miedo. No puedo ocultarlo.

PRESO 2º Muchachos, aquí pasa algo grave. ¡Pa cuantos pájaros será aquel nido! (*por Alma á quién créen un hombre*). Recien sale Cruz y ahora este. Pero ¿quien es este? Este á perdido ayer el barco. Porque no es de la isla. (*Alma regresa al rancho*).

ALMA No sé si me olvido de algo. (*Entra*).

PRESO 1º Me dan ganas de ir á espiar.

PRESO 4º ¡No vé! Vaya con los hombres estos. Es lo único que faltaba. ¿Y no se han dao cuenta? Ese no es un hombre.

PRESO 2º ¿Y que es, entónces?

PRESO 4º No sé. Alguna imitación. (*Rien*).

PRESO 1º Yo voy hasta el rancho con disimulo . . . (*Se oye un toque de corneta*).

PRESO 3º ¡Rancho, muchachos! ¡Por fin! (*Alma vuelve aparecer en escena con dos paquetes*).

ALMA Han tocao rancho si no me equivoco. Esta es la hora. Aquí está todo listo. (*Se oye una griteria en la gobernación*).

PRESO 1º ¿Que será eso? Fandango tenemos. Los presos se han sublevao. ¡Ahora sí, ¡la que se va á armar! ¿Que hacemos nosotros? Vamos pal rancho aquél que está en la loma. ¡De allí se vé mejor! (*Van hasta dónde está Alma que observa impaciente*).

PRESO 2º ¡Mirá el mosito! Si es la mujer de Cruz. . . (*Suena una descarga. Vuelven los gritos*).

ALMA ¿Y Vds. que hacen? ¿No saben?

PRESO 3º ¿Nosotros? Nó ¿Y Vd.?

ALMA ¡Los presos se sublevan hoy!

PRESO 1º Vamos muchachos á ayudarles. ¡Y no han querido avisarnos! A de haber sido por causa del maula ese de Cuello que está enojao con nosotros por la que le hicimos el otro día. ¿Y Cruz?

ALMA Está con ellos. (*Suena otro tiro*). De aquí lo veo, es él, viene para acá con un grupo. No pelean. Esos tiros habrán sido al aire, porque no se ve ningún soldao: los han de haber encerrao como dijo Cruz (*Pausa*) ¡Ahí vienen!... ¡ahí vienen!... son...

uno!... dos!... tres!... cinco!... y dos màs atrás...

PRESO 1° Para allá, pal sur, va otro grupo. ¡Y otro, y otro!

PRESO 2° Y nosotros ¿que hacemos? ¿quieren decirme?

ALMA ¡Esperenló á Cruz!

PRESO 3° ¡Muchachos locos! Y á dónde vamos á dirnos. Si de aquí no puede salir nadie. Ya verán. ¡Este es presidio de veras! Dentro de unos días vienen fuerzas del ejército y nos cazan como á pengüines.

PRESO 4° ¡A lo hecho pecho, amigo! Si Vd. quiere se queda con los soldaos. Yo sigo con los compañeros.

PRESO 1° ¡Y yo!

PRESO 2° ¡Y yo! ¡y todos! ¡Vos tampoco te vas á quedar aquí como un otario!

PRESO 3° Yo no digo que me quede pero sé lo que va á pasar. Tengo ocho años de preso y he vivido cien.

ALMA (*Que ha escuchado con atención las palabras del preso 3°*). Pero se puede cruzar á Chile ¿no es cierto?

PRESO 3° Si, en globo ó volando. . .

ALMA Cruz me ha dicho que cuentan con una lancha.

PRESO 3º A Cruz lo han engañao. Aquí no hay lanchas ni cosas que se parezcan. ¡Las lanchas se van á pique Aquí todo se vá á pique ¡y nosotros también!

ALMA ¡Ahí llegan! . . .

PRESO 1º ¡Vivan los sublevados! (*Aparecen. Son siete. Dos de ellos, los jefes del grupo, vienen armados con fusiles. Los demás sin armas. Traén provisiones, galletas en bolsas, etc., etc.*

ESCENA VI

LOS MISMOS.—CRUZ.—SUBLEVADOS

ALMA (*A Cruz*). Contá ¿que ha pasao?

CRUZ Lo que te dije, Alma. Dos tiros por gusto, por asustarlos y nada mas. No teníamos ni para empezar con ellos. ¡Pobres milicos! ¡También son unos desgraciados como nosotros: y si pudieran. . .

1er GEFE *(A Cruz, de mal talante)*. Bueno, menos charlas amiguito y en marcha. Aquí hemos venido á recoger eso que nos dijo, y nada mas.

CRUZ Está bien, pero creo que no lo he ofendido. *(Lo mira sereno)*.

2º GEFE ¡No discutamos amigo! ¿Donde están los paquetes?

ALMA *(Interponiéndose y mirando á Cruz expresivamente)*. Están aquí. ¡Son estos!

1er GEFE Está bien. Vd. con este *(á uno de los presos)* y Vd. con este otro *(á otro preso)* y ahora en marcha. *(A los presos que esperaban)*. Si Vds. quieren nos siguen y si no, ya saben. Por este lao. *(Al otro jefe)* Vos à la retaguardia *(bajando la voz)* y mucho ojo. Ya sabés, al que no ande derecho no le andés con vueltas. *(Los presos se ponen en marcha)*.

CRUZ *(A Alma despues de observar con detención lo que hacen los jefes)* ¿Que te parece? ¡Otra vez tengo jefes! Seguro que estos también quieren hacerme marcar el paso. ¡No digo!

Ya se creen gobernadores. Pero, te lo juro, lo que es esta vez no me madruga nadie. (*Se tantea el puñal que lleva en el cinto*).

ALMA (*Alarmada*) Tené cuidao Cruz, estos hombres son capaces de todo. Me refiero á esos dos. (*Mira hacia el lado por donde marchan los presos*).

JEFE 2º (*volviendo*) ¡Y Vds! ¿Porqué no marchan?

CRUZ (*Reaccionando expresivamente; después caminando*) ¡Adelante Alma! (*Salen*).

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

La escena representa otro pedazo de la isla. Muy abrupto. Nieva. Campamento de sublevados.

ESCENA PRIMERA

ALMA, CRUZ y SIETE COMPAÑEROS

PRESO 1º ¡Ahijuna con el tiempito! ¡Que delicia!

PRESO 2º ¡La verdá es que mejor estábamos presos! ¡Haber sabido!

PRESO 3º ¡Si esta es la gloria, ché! Aquí, ya se sabe, y creo que hasta lo han dicho en un libro: cuando no llueve, truena ó cai granizo, cuando no cai granizo, nieva y cuando no

llueve ni truena nos voltea el viento.

PRESO 4º Ya sé lo que Vds. están pensando y quisieran decir...

PRESO 2º A ver compadre, hable. Puede ser que haya acertao...

PRESO 4º Nada. Que el presidio militar está mal ubicao, ¿verdá? Que lo debieran haber hecho en la plaza de Mayo de Buenos Aires ó en la mesmita Casa é Gobierno... (*¡Esa es pa los peines grandes!...*) ¿No saben que á los presos hay que hacerlos sufrir?

PRESO 1º Diga, compadre, y ¿porqué?

PRESO 4º ¡Vaya con la preguntita! Porque ansina lo manda la Costitución, la ley del páis.

PRESO 1º Está seguro ó es por hablar.

PRESO 4º Seguro no, pero ansina debe ser no más, porque de no las cosas pasarían de otro modo. ¡La ley amigo!

PRESO 5º ¡Parecés abogao, ché! ¡Pero y qué te has creido vos que es la ley!

PRESO 4º ¡Eso, pus hombre! La Costitución...

PRESO 1º ¿Y esa es la que nos hace sufrir á nosotros?

PRESO 1º Así será, yo no sé. Pero alguien es...

PRESO 1º (*Riendo y poniéndose de pié. Camina hasta donde está Cruz*). Estoy por darle la razón amigo. Dicen que los viejos no se equivocan nunca sino cuando están en el gobierno... (*A Cruz que estará sentado y como abismado en un pensamiento. Palmeándolo en la espalda*). Y Vd. amigaso ¿en qué cavila?

CRUZ (*Levantándose. Se pasea nervioso*). Pienso en que esto no puede aguantarse más. ¡Somos unos cobardes! Hoy uno, hace dos días, otro. Ya van dos muertos por esos bandidos. Y nosotros les tenemos miedo por que están bien armaos.

ALMA ¡Por favor! Mirá que ahora no más vienen. No te alterés. Hacelo por mí. Estoy enferma.

CRUZ (*Deteniéndose*) Por vos lo hago todo, Alma. ¡Aquí no hay más que un camino!

ALMA ¿Cual?

CRUZ ¡Matarlos! (*Los presos lo miran y algunos se le acercan*).

Preso 1° Pienso lo mismo.

Preso 2° A este paso nos van á limpiar á todos estos bárbaros. Fijensé, yo estaba ayer cuando el incidente con Lemos.

Preso 3° Vos vistes todo ¿verdá?

Preso 2° Se me revuelve el alma ché, al pensar en el pobre muchacho. ¡Qué salvajes! Fijensé que porque sí, no más, porque no le obedeció pronto una orden ó no le oyó, vaya uno á saber, ahí no más el barbudo (*por el jefe 1°*) se echó el rifle á la cara y ¡zas! ni ¡ay! dijo el chico. ¡Cayó redondo!

Preso 4° Y con el otro á de haber pasao lo mismo. Dicen que porque sé insubordinó.... Igualito que en el ejército. Es al ñudo, pasta é tiranos, estos han nacido pa generales...

Cruz Nada, hay que cortarles la carrera, porque estos son los tigres cebaos; y nosotros la majada...

Preso 6° Ahí veo venir á uno.

Cruz ¿A cual de los dos? ¿al primero ó al segundo?

PRESO 6º Al segundo.

CRUZ Es el más manso por ahora.

PRESO 1º Ese es malo al lao del otro. Parece un duplicao cuando están juntos. Sino, no lo creo capaz de nada.

ESCENA II

LOS MISMOS.—GEFE 2º.

GEFE 2º (*Se presenta por la izquierda, armado*). ¿No anda por aquí Cirilo? ¿No lo han visto?

PRESO 1º No, fué hasta la costa. Dijo que iba á ver si cazaba algo, aunque fuera un cormorán.

GEFE 2º Voy á buscarlo entónces. Si viene antes que yo que me espere. Diganlé que tengo que hablarlo. Hasta luego. (*No le contestan*).

PRESO 2º ¡No ven! Este nunca se queda. O con el otro ó cortao, siempre. (*Pausa*). ¡Y este era el de la lancha!...

PRESO 1º ¡No les dije que lo de la lancha

era cuento! ¡Qué lancha, ni que lancha! De aquí no se sale, amigos. Van cinco días, con hoy, que nos sublevamos, y no hemos hecho más que andar de un lao pal otro como cachirlas enredadas. Dentro de poco estaremos secos de hambre ó nos habrán tomao de nuevo.

PRESO 3º ¿Y quién va á tomarnos? decí.

PRESO 1º ¿Quién? Te jugaría la cabeza á que hay fuerzas de línea en la isla. Han avisao á Ushuaia, de seguro no hay ni que hablar, y ya está aquí el destacamento.

CRUZ ¿Tan pronto?

PRESO 1º Día más, día menos. Hoy ó, á más tardar, mañana. Y la isla es un pañuelo, amigos. ¡Y un pañuelo hecho tiras! Se recorre entera, en horas no más.

PRESO 3º Eso es verdá, hasta por hay.

PRESO 1º Es un decir. Pero, teniendo elementos. . .

PRESO 6º ¡Ahora sí, ahí está el barbudo!

CRUZ (*Instintivamente se incorpora de un salto y va á sentarse junto á Alma*

ESCENA III

LOS MISMOS.—GEFE 1°.

GEFE 1° (*Armado.—A Cruz*). ¿Vd. crée que soy gavilán? No como esas palomas yo, mosito. Me empalagaría.....

CRUZ (*Parándose resuelto con un puñado de arena en la mano*). Vd. me anda buscando y me va á encontrar.

GEFE 1° Lo que andás buscando vos es la muerte, como los otros. Mirá, no compadriés mucho, hacéme caso. O de no... ¡Sentáte te digo! (*Esgrime el arma. Alma dá un grito, quiere incorporarse y caé desmayada*).

CRUZ ¡Bandido, tomá! (*Le arroja el puñado de arena cegándolo y lo atropella cuchillo en mano. Logra tomarle el fusil con la mano izquierda y lo hiere en el vientre*).

GEFE 1° (*Cayendo*) ¡Me has madrugao!

CRUZ (*Quitándole el fusil*) ¡Así se mata á los tigres!

GEFE 1º (*Incorporándose con dificultad y mirando á Cruz)* ¡Me has madrugao! ¡Me has madrugao! Soy un gaucho maula...Soy... (*Un vómito lo ahoga y muere*).

PRESO 1º (*Acercándose á Cruz)*. Nos ha hecho un gran servicio amigo. ¡Gracias por todos!

CRUZ ¿Dónde está Alma? ¡Pobrecita! (*Se acerca al grupo dónde está Alma desmayada. Los presos se retiran. Después se acercan al muerto, cubriéndolo con un poncho*).

ALMA (*Volviendo en sí y mirando á Cruz*) ¿Qué fué? ¡Estoy tan débil! ... (*Delira*). Pero á vos te querían matar ¿verdá?... Siempre te han querido matar á vos... á mi gaucho... Los hombres malos... (*Cruz la toma en brazos. Alma fija los ojos en el fusil y dá otro grito*). ¡Con esta arma sí, con esta arma te apuntaban á vos! ¡Sí, querían matarte! Ahora me acuerdo... los hombres malos...

CRUZ No te aflijás así, Alma. Aquí estoy vivo para verte á vos. Ya sa-

bés que á tu gaucho no lo matan á dos tirones...

ALMA Vos no me vas á dejar nunca ¿verdad? Miráme, estoy enferma. Me arde la frente. No podría dar un paso. ¡Hemos sufrido tanto!

CRUZ Tenés un poco de fiebre, Alma. Eso es todo. Ya se te pasará. Yo voy á cuidarte aquí mismo.

ALMA ¡Que frío tengo! Y hace un momentito tenía calor.... Abrigáme. ¿Querés?

CRUZ *(Estrechándola contra su seno).* Yo la voy á abrigar con mi cuerpo y le voy á dar mi vida. *(Le dá un beso.)* ¿Está mejor así? *(Alma no contesta.—El gefe 2° aparece por la izquierda).*

PRESO 1° *(Acercándose á Cruz.)* ¡Vea Cruz, ahí está el otro!

CRUZ *(Dejando á Alma que está desvanecida.)* Mire, cuídemela un momento. A ese lo arreglo yo en seguida. *(Hace que Alma apoye la cabeza en la rodilla del preso 1°, toma el fusil y se*

dirije al grupo. Esta escena debe ser rápida.)

ESCENA IV

LOS MISMOS.—GEFE 2º

GEFE 2º ¿Vino Cirilo? No he podido dar con él.

CRUZ (*A los presos*) ¡A ver, despejen muchachos para que lo vea bien! (*Al Gefe 2º*). ¡Ahí lo tiene á su Cirilo, á su guapo! (*Le saca el sombrero con que los otros presos le han cubierto la cara.*)

GEFE 2º (*Mirándoles asombrado*) ¡Está muerto, lo han muerto!

CRUZ ¡Y ahora á vos! (*Le apunta con el fusil*). ¡Rendite ó te mato! ¡Largá el arma!

GEFE 2º (*Con alguna indecisión. Mira al grupo de los presos como para interrogarlos. Después de observarlos:*) Bueno, me rindo... Estoy solo... To-

me el arma... *(Cruz se la toma dándosela al preso 2°).*

CRUZ Puede servirles para algo. Yo me quedo con ésta.

GEFE 2° ¡Pa lo que les va á servir!... Ya han llegao tropas á la isla. Están desembarcando allí. en la bajada. Yo he visto á los soldaos.

PRESO 2° ¿Y ellos?

GEFE 2° Ellos no sé. Yo me agaché y así he venido hasta aquí. Pero puede que alguno...

PRESO 3° ¡Hay que volar entonces! Irnos pal monte.

CRUZ Vds. sí, yo no puedo. Alma está enferma. Yo me esconderé con ella entre las piedras.

V. PRES. Sí, hay que salir de aquí, cuanto antes.

CRUZ *(Volviendo á donde está Alma. Al preso 1°)* ¿No ha hablao nada?

PRESO 1° Se ha quedao dormida como un pajarito.

CRUZ ¡Pobre Alma! Estamos todos perdidos. ¿No sabe? han llegao fuerzas á la isla. Ese sonso *(por el jefe 2°)*

ha visto á los soldaos. Están desembarcando aquí cerca. Mire, los compañeros se van y Vd. debe seguirlos.

PRESO 1° Lo esperaba. Aquí ó allí será igual; tarde ó temprano nos tomaràn lo mismo. ¡Yo me quedo!

CRUZ Sí, pero aquí está el muerto. Dejeme á mi solo. Yo lo maté. ¡Alma, el muerto y yo!... ¡Dejeme le digo! (*Se acerca el preso 3°*)

PRESO 3° ¿Ché y Vds. se quedan? Miren que ese es mal compañero (*por el muerto*).

CRUZ Yo me quedo. Alma está enferma. (*Los otros presos se ponen en marcha, hablando*).

PRESO 4° Talvez sea mejor dispersarnos.

PRESO 5° ¡Sí. como ratones!

PRESO 6° De esta hecha no contamos el cuento.

PRESO 7° ¡Papelón, hermano! (*saliendo*).

PRESO 1° Adios Cruz.

CRUZ ¡Buena suerte camaradas! Ya ven, yo estoy condenao. Puede ser que á Vds. le vaya mejor. Yo me quedo con ésta por si acaso. (*por el arma*)

Ya lo he jurao. ¡Muerto ó libre!

PRESO 3° (*Le estrecha la mano á Cruz y sale indicándole al preso 1° por donde van los otros*) Por aquí, por aquí... (*Salen*).

ALMA (*Despertando*) ¡Que frío tengo! ¡tapáme!

CRUZ (*Mirando á su alrededor*) ¿Tiene frío mi vida? (*vuelve á mirar, ansioso. Su vista se detiene en el muerto*).

ALMA ¡Qué frío! ¡Qué frìo! Tapáme... tapáme...

CRUZ Espérate, Alma! (*Se dirige hacia el muerto, le saca el poncho y vuelve á tapar á Alma*).

ALMA ¡Qué frío! ¡Qué frío!... (*Mientras él la abriga el telón cae lentamente*).

Fin del Acto Segundo

Acto Tercero

CUADRO PRIMERO

Un consejo de guerra

ESCENA PRIMERA

FISCAL.—AUDITOR.—CRUZ.—ABOGADO DEFENSOR
GUARDIAS.—PÚBLICO.

DEFENS. (*Como quién reanuda un discurso*).... Contra la opinión del ministerio fiscal y del Consejo de Guerra permanente, sostengo ante este Tribunal Supremo, que mi defendido al realizar el hecho imputado—la muerte del cabecilla Gutierrez (*alias el barbudo*)—tenía el convencimiento de cometer «un mal para impedir

otro mayor inminente, á que era extraño».

No tengo por cierto que repetir aquí lo que, á mi juicio, ha quedado absolutamente probado en autos: la situación desesperante, de vida ó muerte, á que habían sido reducidos mi defendido y el grupo de compañeros en la evasión por los dos presos armados, erigidos en jefes ó mandones de sus mismos hermanos en desgracia, impulsados por no sé que misteriosa fuerza atávica, cuyo génesis diríase arrancara de los tiranos prehistóricos. Por su importancia debo sí, insistir ante el Honorable Consejo, sobre este tópico, capital, según mi entender, para juzgar definitivamente á mi defendido.

En la sociedad, no ya anárquica sino degenerada, constituída por ese grupo de hombres fatalmente encaminados en la corriente del delito, se presentó, con caracteres siniestros, el cuadro de los pueblos

dominados por una voluntad personal que, basada en la fuerza, pretende imponer sus caprichos y arbitrariedades.

Las ventajas del tiranicidio fueron entonces palpables: ó sucumbir, moral y materialmente, ante la prepotencia de los erigidos en amos, ó matarlos á cambio de la liberación inmediata. ¿Qué hacer? Desgraciadamente estas interrogaciones no tienen sinó una contestación. Constituyen el dilema de hierro. Mi defendido, atacado además en su más noble afecto, el que sentía por su abnegada compañera de martirio, decide, en un momento heróico, la suerte de todo el grupo. ¡Mata, venga y libera!

P. Trib. Observo que el abogado, en lugar de concretarse á la defensa como le correspondería, está haciendo una apología del crímen que este Tribunal no puede permitir sin un apercibimiento.

M. Trib. La dignidad de la justicia investi-

da por nosotros nos impide aceptar en silencio una aseveración que no sólo sanciona sino que glorifica el delito.

DEFENS. Debo hacer presente al señor Presidente y demás miembros del Honorable Consejo, que en mis palabras no hay una sola vulneradora de sus altas majestades. Constato hechos incontrovertibles y deduzco. Eso es todo. Por lo demás considero que hubiera sido, efectivamente, una audacia, imperdonable de mi parte, venir á defender el crímen, hacer su apología como dice el señor Presidente, nada menos que ante un Consejo de Guerra...

PRESID. Por segunda vez queda notificado el abogado. Concrétese á la defensa ó me veré impelido á negarle el uso de la palabra; si es que el Tribunal no resuelve tomar otra determinación más enérgica. (*Murmullos en el público*).

DEFENS. Amparado en el código, señor Presidente, continuaré como el deber

me indica, poniendo de relieve la necesidad imperiosa en que mi defendido se hallaba para llevar á cabo el hecho desgraciado por el cual se le juzga.

PRESID. Un momento señor defensor.... (*Consulta en voz baja á los demás miembros del tribunal*). Puede continuar el defensor.

DEFENS. Insisto, pués. Mi defendido, colocado en la disyuntiva de morir ó matar, mata. Esto, pese á la opinión del ministerio fiscal y del Consejo permanente de guerra, está perfectamente demostrado en autos, existiendo un dato más, que el Consejo Supremo debe tener muy en cuenta al dictar su fallo inapelable. Dicho dato consiste en el despojo realizado por el cabecilla Gutierrez, para uso propio, de los elementos de vida que mi defendido logró llevar con el fin de que sirvieran en común á los evadidos. Esta otra circunstancia atenuante, que consta á fojas 306 y 307, no ha sido tam-

poco tomada en consideración por la sentencia de primera instancia. Reasumiendo, declaro: 1.° Que mi defendido, en la muerte acusada, no ha usado violencia ni ensañamiento, exteriarizadores de una preemeditación ó alevosía, agenas por completo á las altiveces de carácter que ponen de relieve al tipo genuinamente argentino del cuál es, me atrevo á afirmarlo, un hermoso exponente. 2.° Que realizó el hecho por salvar del inminente peligro violentado por el espíritu de conservación propia, sin duda alguna la más irresistible de todas las violencias. Y 3.° Que este mal, necesario, redundó en bien y provecho de todos los compañeros de dolor, puesto que él implicaba la desaparición de un cabecilla, más propiamente dicho de un verdadero usurpado r cuya existencia era un obstáculo al desarrollo de la de los demás.

Por lo expuesto y haciendo uso del recurso acordado por el artículo 436

inciso 1.º del código de justicia militar, solicito la revocatoria de la sentencia de primera instancia, en el proceso seguido á mi defendido por evasión del presidio militar de la Isla de los Estados y asesinato del penado Cirilo Gutierrez. He dicho.

PRESID. Si el acusado no tiene nada que agregar á lo aducido por su defensor, el Tribunal se retirará á deliberar.

CRUZ Nada, señor. (*El tribunal retírarse á deliberar. El defensor se acerca á Cruz tendiéndole los brazos. Parte del escaso públi·o los rodea. Los demás permanecen sentados.*)

ESCENA II

LOS MISMOS, menos el TRIBUNAL

CRUZ Yo le agradezco doctor todo lo que hace por mí.

DEFENS. Es mi deber, Cruz. Por otra parte

su causa se ha hecho simpática.

CRUZ A ellos no, doctor: *(por los jueces)* se lo aseguro. Estos hombres son de fierro.

DEFENS. Se han de ablandar un poco, tengo esperanzas.

CRUZ Trago más, trago menos... Ya sabe doctor ¡pá qué hacernos ilusiones! *(Un espectador se acerca al abogado. Este se separa de Cruz).*

ESPECT. ¿Y, doctor? ¿Cuál es su opinión respecto á la actitud del tribunal?

DEFENS. No sé qué decirle amigo. Estos militares no escuchan sino á sus códigos, formidables de crueles; pero tratándose de este caso excepcional creo que transigirán en algo. Vd. sabe, además, que la muerte producida por Cruz, en el penado Gutierrez, no debía haber sido considerada como un delito militar, esa es al menos la opinión de la mayoría, y sin embargo no ha habido forma de conseguirlo. Se le juzga y se le condena de acuerdo con el código militar, implacable siempre. Sin em-

bargo, y á él se lo acabo de decir con toda sinceridad, yo abrigo aún esperanzas.

ESPECT. Y el público también doctor, el público que le acompaña en su empeño. (*Paúsa*). ¿Y en cuanto al estado de ánimo del preso?

DEFENS. Cruz es de una entereza á toda prueba. Diríase un fatalista á quién nada doblegará. Él cuenta siempre con el mal supremo. Si no me engaña ahí está el secreto de su valor.

ESPECT. Desearía hablarlo.

DEFENS. Venga y se lo presentaré. (*Se acercan á Cruz*) Un amigo, Cruz, que desea tener el gusto de estrecharle la mano.

CRUZ Esta es la mía, y fránca señor. (*Le da la mano*).

ESPECT. (*A Cruz*) Su defensor me da serias esperanzas sobre el resultado de su causa.

CRUZ La taba de mi vida está tirada, señor. Y no ha caido del lao de la suerte: eso es todo. Para mí ya no hay esperanzas que valgan.

ESPECT. Es Vd. demasiado pesimista, Cruz.

CRUZ Que quiere, señor: así me han hecho los golpes. Estoy seguro que aquí el doctor está perdiendo tiempo y labia.

DEFENS. Estas cosas nunca son perdidas, Cruz. En cuanto á mí siento al hacerlas una verdadera satisfacción.

CRUZ Vd. ha hecho ya demasiado por mí. Si no me salva no será suya la culpa. Nunca tendré como agradecérselo.

ESPECT. (*Al defensor*) La verdad es que su defensa doctor, es un documento que honraría á cualquier jurisconsulto; sobretodo por la valentía de que rebosa.

CRUZ El presidente se estuvo amoscando. Un poquitito más y también me lo enjuician al doctor. ¡Y eso hubiera tenido que ver!

ESPECT. Por un momento el público creyó que el entredicho con el presidente se formalizaba. ¡Y no era para menos! ¡Quisquilloso el hombre! También Vd se fué á fondo...

DEFENS. No había otro medio. La sentencia de primera instancia es injusta á todas luces. No admite ni una sola circunstancia atenuante, cuando, equitativamente, en el hecho á juzgar, no existe una sola que no lo sea.

ESPECT. Es monstruoso el caso, no cabe duda.

DEFENS. Aquí, para entre nosotros, le diré, que esta justicia militar es tan implacable como absurda. No deja á la bondad resquicio alguno por donde meterse. (*Pausa*) En fin, yo he cumplido con mi deber. Tengo la conciencia de no haber podido hacer más.

ESPECT. (*A Cruz*) ¿Y Vd. se da cuenta que éste es el momento de la prueba?

CRUZ En mi vida hace ya mucho tiempo que dura ese momento. ¡Si me habré dao cuenta, señor!

ESPECT. Yo no le oculto mis simpatías: conozco todos los detalles de su causa, por intermedio de su abogado, un excelente amigo mío, y he llegado á tener por Vd. verdadera compasión.

CRUZ Aunque mi caso, á la verdá, no es pá alegrarse que digamos, yo le agradecería que rebajara un poco; las lástimas me hacen daño, señor...

ESPECT. Discúlpeme Cruz, pero mi intención al decirle esto no ha sido sino de aprecio hacia Vd. Por otra parte me admira su serenidad.

CRUZ Hombres somos, señor... (*Aparecen los miembros del tribunal. El público vuelve á tomar asiento. El espectador da la mano á Cruz y se retira á su sitio anterior. Murmullos en el público*).

ESCENA III

LOS MISMOS.—MIEMBROS DEL TRIBUNAL

PRES. El secretario del Consejo va á dar lectura de la sentencia de última instancia. (*Cesan los murmullos*).

SECRET. (*Haciendo poner de pie al preso*) Reunido este Consejo Supremo de

Guerra para tomar en cuenta la sentencia recurrida y considerando respecto de los hechos:

1.° Que en cuanto al recurrente resulta probado que fugó del Presidio de la Isla de los Estados, cometiendo el delito de sublevación militar.

2.° Que es evidente el carácter militar del procesado. por cuanto ha sido un militar que ha cometido un delito militar, no siendo hoy otra cosa que un penado militar;

3 ° Que ocupándose el Consejo de Guerra de la calificación de los delitos relacionados de que se acusa á Cruz, — evasión efectuada con violencia, muerte del penado Gutierrez y la resistencia á mano armada á las fuerzas del ejército nacional enviadas en persecución de los evadidos,— declara que han sido cometidos con alevosía y premeditación y sin atenuante alguna;

4.° Que los detalles observados por la defensa no encuadran en la categoría de quellos actos en que

taxativamente puede fundarse el recurso de nulidad por quebrantamiento de las formas del proceso, con arreglo á lo dispuesto en el artículo 439 del Código de Justicia Militar: Por todos estos fundamentos el Consejo Supremo de Guerra falla... (*da vuelta una hoja y se detiene visiblemente nervioso, conmovido.*)

ESPEC. 1º (*Al 2º á media voz.*) Aseguraría que el alferez Ramirez (*por el secretario que lee*) llora tragándose las lágrimas.

SECRET. (*Reaccionando*). El Consejo Supremo de Guerra falla declarando firme la sentencia del inferior, debiendo por lo tanto el soldado *Cruz* sufrir la pena de muerte impuesta en justicia. *Esclamaciones de reprobación en el público.*)

PRESID. (*A uno de los guardianes del preso.*) El acto ha terminado. (*Se levanta. Los demás miembros del tribunal le imitan con excepción del secretario y cause por la izquierda al mismo*

tiempo que el preso es conducido por la derecha.)

VOZ DEL PÚB. (*Mientras desfila Cruz.*) ¡Es un crímen! ¡Es un crímen!

OTRA VOZ Queda un camino.... Se pedirá el indulto....

OTRA ¡Valor Cruz! (*Cruz sale en silencio. Gesto de agradecimiento lleno de altivez. El público vase por la izquierda.*)

ESCENA IV

El SECRETARIO y el DEFENSOR

SECRET. (*Arreglando los papeles del sumario. Al defensor*). ¡El código, amigo, el código! Es un corselete de acero. No es posible infringirlo. ¡Pobre Cruz! ¡Tan guapo! ¡Tan hombre!

DEFENS. Sin embargo el tribunal pudo hacer algo por él. Y por mí.... ¡No se ha hecho caso de la defensa!

SECRET. Las defensas, doctor, tratándose de militares, hoy por hoy, son inútiles,

créame. Se lo dice mi gran experiencia.

DEFENS. El pobre Cruz lo intuyó así desde el primer momento. Recién, con su siempre pintoresca y gráfica frase, me lo dijo: está Vd. gastando tiempo y labia.... Y efectivamente, así ha sido. ¡Pero esto es injusto, es injusto!

SECRET. He pasado un terrible cuarto de hora, doctor. Aunque he leído ya muchas sentencias ésta ha constituído para mí el más amargo de los tragos.

DEFENS. Estoy resuelto á no abandonar á Cruz hasta el último instante. Acudiré al Presidente de la República, tocaré todas las influencias á mi alcance y obtendré su indulto.

SECRET. El caso ya es muy difícil, amigo. El Presidente ha hecho al respecto declaraciones muy terminantes, que son públicas.

DEFENS. ¿Y Vd. cree que será inflexible?

SECRET. Tengo la seguridad. Él piensa que la ley debe aplicarse siempre.

DEFENS. Sí, pero cuando como en este caso la ley resulta tan cruel....

SECRET. Precisamente, es lo que él dice: ¿la ley es cruel? reformarla. ¿No quieren la pena de muerte? ¡Bórrenla del Código! Y para eso ahí está el Congreso. Yo me lavo las manos.

DEFENS. .... ¡Y la sangre sigue empapando el mundo!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Patio de cárcel.—Pabellones de presos á los lados.—Capilla á la izquierda.—Al fondo se levanta el banquillo.

ESCENA PRIMERA

CRUZ.—CENTINELAS. — PERIODISTAS. — UN SACERDOTE.— ALMA.—LA TÍA VICENTA.—INVITADOS.

Al levantarse el telón un guardián introduce á Alma acompañada de la tia Vicenta. Al penetrar éstas, periodistas y público salen de la capilla y se distribuyen paseándose por los pabellones.

Cruz (*Con fuertes grillos en los pies. Recibiendo á Alma en sus brazos*). ¡Por fin será libre tu gaucho! No llorés y alzá la frente. ¡Yo no estoy desonrao!

ALMA (*Llorando*). ¡Esto es demasiao para mí, para esta pobre mujer, yo no puedo más! No podré resistir y moriré también. ¡Me haré matar aquí mismo, con vos!

CRUZ ¡Vos tenés que vivir, Alma! Jurameló, por mi memoria, por la vida que debés respetar, por el hijo de tu gaucho, que nacerá pronto! ¡Jurameló, Alma!

ALMA ¡Pa qué criar hijos si los hombres son tan malos! ¡Pa qué si el mundo está lleno é fieras! ¡Mirá lo que hacen con vos! ¡Y conmigo y con todos! ¡La vida de nosotros, los pobres, está maldita, gaucho, maldita, maldita!

CRUZ Vos te desesperás más que yo, cuando yo necesitaría de tu coraje pa poder morir como un hombre, sin temblar!

ALMA ¿Que querés de mí, entónces, que querés de tu Alma, gaucho?

CRUZ Que vivás, Alma, porque mi vida sigue en vos, en el hijo que llevás en el seno. Vos tenés que vivir, Al-

ma, y vos tenés que enseñarle muchas cosas á ese hijo. ¡Yo no muero desonrao, ya sabés!

ALMA A vos te mata la ley. Te matan los hombres malos, gaucho... ¡Yo me voy á enloquecer!

TIA VI. Acordáte lo que nos dijo el abogao. Vos sabés, Alma, que todavía pueden perdonarlo.

CRUZ Perdonarme á mí ¿y de qué? De haber querido ser libre. Porque yo quise ser libre, Alma, vos sabés· y por eso estoy así. ¡Pero muero en mi huella! Así ¡libertao ó muerto! dije y aquí me tenés, ya vés, pronto, prontito. ahurita no más voy á estar... libertao! Doña Vicenta, á Vds. les han dicho eso pa sacárselas de encima. ¡El abogao, el abogao! Sí, el pobre no se ha portao mal es la verdá. Dijo cosas muy lindas, pero como si hablara en el mar. Ya se vé que á esas cosas nadie les hace caso. Yo me sentí condenao antes de empesar el juicio. ¡Guapos los jueces! ¡A muerte, á

muerte! ¡Ni un sólo voto en contra! Y yo se los agradesco! ¡Si supieran...!

Alma ¡Yo me voy á enlcquecer!

Tia Vi. Mirá Alma que te vas á enfermar de veras. Y así en tu estao...

Cruz ¡Pobre Alma! Yo he sido tu perdición y vos has sido siempre como un ángel pa mí. Bueno, ahora hacé de cuenta ya que estás hablando con un muerto, pero á quién le has prometido una cosa que le has de cumplir. Vos has tenido palabra siempre, Alma.

Alma Decí, decí lo que querás gaucho y lo haré. ¿Qué te he prometido?

Cruz Una cosa, una sola cosa.

Alma ¿Cuál?

Cruz ¡Vivir! (*Alma se sienta anonadada. Silencio. El sacerdote se presenta en la puerta de la capilla haciéndose anunciar por un empleado de la carcel á quién habla en voz baja*).

ESCENA II

ESPECTADORES 1°. y 2°. paseándose

Esp. 1.° (*Mirando al sacerdote y llamándole la atención sobre él al espectador 2°*). ¡Será inútil! ¡Es un desalmado! Rechaza la religión. Todos estos son hombres sin fé.

Esp. 2.° Y parece que el sacerdote insiste; es tenáz.

Esp. 1.° Él dice que al fin lo doblegará. Como á todos.

Esp. 2.° Ensayará atemorizarlo.

Esp. 1.° No, usará la persuación... Da mejores resultados.

Esp. 2.° A la postre los infelices se cansan y dicen que sí.

Esp. 1.° ¡Y entonces la religión triunfa!..

Esp. 2.° ¡Naturalmente! (*desaparecen*).

ESCENA III

CRUZ.—ALMA.—TIA VICENTA.—EMPLEADO.

CRUZ ¡Auxilios, auxilios! Y es la tercera vez que vienen. Ymajináte Alma, ya vienen á auxiliarme... del cielo! (*al empleado*) dígale que si quiere dentrar que dentre, yo no le niego la entrada ¿porqué? Pero que no lo necesito...

EMPLE. Es un consuelo, el último... y, además, un servicio.

CRUZ Le agradezco, á Vd. y á él... y ahora sí, digale que nó. (*El empleado sale displicente*).

EMPLE. (*Al sacerdote*) ¡Imposible, padre, imposible! (*se retiran*).

TIA VIC. ¡Pero Cruz! ¡Es el señor cura!... Jesús nos valga! (*Se santigua*).

CRUZ Ña Vicenta, si Vd. quiere puede confesarse por mí...

ALMA ¿Porqué no querés, Cruz?...

CRUZ No sé, Alma. No tendría qué de-

cirle. Yo no lo entendería, ni él á mí. ¡Pa qué! ¡De todas maneras á él qué le importa!...

ALMA ¡Dios mío! ¡Dios mío! Esto es demasiao. (*Cae sobre las rodillas de Cruz, exhausta, sin fuerzas; con sus manos toca los hierros de los grillos que oprimen los pies del condenado. La tía Vicenta se acerca.— Silencio.*)

ESCENA IV

MÉDICO y PERIODISTA

PERIOD. Indudablemente Vd. Doctor lo habrá examinado ya.

DOCTOR Con todo detenimiento.

PERIOD. ¿Querría entonces facilitarme las conclusiones de su estudio? Serían de verdadero interés para el diario en que sirvo.

DOCTOR (*Con mucho énfasis.*) Le diré. La psiquiatría moderna tiene hoy en

cuenta para arribar á conclusiones precisas respecto de los delincuentes, el medio ambiente en que éstos se desarrollan. Si bien tengo ya los datos fisiológicos sobre Cruz, necesito conocer ahora, exactamente, su vida, factores de educación que han influído en la misma y demás determinantes mesológicos. La teoría del criminal nato, ha perdido hoy su carácter absolutista. Puede ser un amoral... un impulsivo... en fin, pase Vd. por mi estudio dentro de unos días y con el mayor gusto lo atenderé. Ya sabe que yo me ocupo de estos asuntos así, por entretenimiento.... por espíritu de curiosidad.... Quedo á sus órdenes. (*Se despide*).

PERIOD. Gracias, doctor. (*Mientras se aleja*) ¡Ya te me vas á escapar! ¡Cómo no! (*Apuntando*) Conclusiones: un amoral.... impulsivo... criminal nato.... Ahora á otra cosa. Este está despachado. (*Desaparece*).

ESCENA V

CRUZ.—ALMA.—LA TÍA VICENTA.—UN GUARDIAN

CRUZ Y á todo esto el pobre viejo allá, sin saber nada. Ya se que le han ocultao la verdá pero al fin tendrá que saberla. Escribanlé ña Vicenta y mandenlé un retrato mío, de esos que les dí el otro día.

TIA VIC. Así se hará, Cruz. Si quiere encargarme algo más...

CRUZ *(Por Alma)*. Después del viejo, esto es todo lo que quiero en el mundo. No la abandone Vd. y yo se lo agradeceré muerto y todo. Hagalé recordar siempre su promesa.

TIA VIC. Alma es como hija mía, Cruz. Vd. sabe que ella se ha criao puede decirse en mi casa. Cuando Juana, su madre, murió yo quedé á su cuidao. La pobre finada me la recomendó tanto y con palabras tan güenas que yo hubiera sido una

indina no portándome como lo hice, queriéndola más que á mí. Vd. sabe, también Cruz, que su padre es como si no esistiera. Gaucho descuidao hay anda, rodando de pulpería en pulpería, jugándose á la taba, al naipe, ó á las carreras cuanto cobre tiene. En la hija no pensó nunca...

CRUZ ¡Y teniendo una hija así! Hay cosas que no se esplican...

TIA VIC. De todas maneras ahora yo voy á hacerlo llamar. Quiero hablar con él para tratar sobre un campito que dejó la finada allá por el Colorado. Sé que el quiere venderlo y no puede sin arreglarse con Alma... (*Entra el guardián y le indica á Cruz con un gesto que las mujeres deben retirarse*).

CRUZ (*Después de besar la cabeza de Alma. A la tía Vicenta*). Ese asunto del campito lo arregla Vd. sola ña Vicenta. ¡Ahora yo voy á ver cómo arreglo éste!... (*Inclinándose sobre la cabeza de Alma que estará sobre sus rodillas*). Mirá, Alma, vas á tener

que salir un momento con ña Vicenta porque va á entrar el abogao con un amigo. Dicen que tienen que hablarme... *(El guardián habla con la tía Vicenta y Cruz con un ademán significativo les indica que se lleven á Alma).*

ALMA (*Abandonándose aturdida*) Bueno, deciles que terminen pronto... Así hablamos nosotros... (*sale conducida por la tía Vicenta y el guardián*).

CRUZ (*Despues que salen*) ¡Alma. tu gaucho te ha engañao por la primera vez en su vida! ¡Adios para siempre! (*Se mira con extrañeza*) ¡Y ahora que irán á matar estos bárbaros! (*Se acerca el guardián. Los curiosos, periodistas etc., tratan de invadir la capilla. Se aglomeran en la puerta*).

GUARD. Tengo encargo de preguntarle si desea algo. El último pedido. (*Cruz lo mira).* Cualquier cosa, diga no más, Cruz...

CRUZ Nada... nada...

GUARD. En fin, yo cumplo... Cigarros siquiera.

CRUZ Cigarros... bueno, eso sí, un cigarro. Iremos haciéndonos humo. . es del caso... (*El guardián le da cigarros*).

ESCENA VI

CRUZ.—OFICIAL DE CAPILLA.—GUARDIAS.—SACERDOTE.—PERSONAL DEL PRESIDIO, etc.--Suena la hora de la ejecución.

OFICIAL (*Acercàndose á Cruz*) Es la hora, Cruz. Hay que ponerse en marcha.

CRUZ (*Prendiendo un cigarro. Se incorpora*). Cuando Vds. quieran. Por mí no perderán tiempo... (*Hace esfuerzos por caminar solo y no puede; los grillos le incomodan. Se le acercan dos guardias que le ayudan tomándole cada uno de un brazo. Mirando á los guardias*) ¡Quisiera dir solo! Pero ¡no puedo!... ¡no puedo!... (*mirando los grillos y poniéndose en marcha con gran dificultad*) ¡La ley, la ley!...... (*Salen al corredor*

y se dirigen al banquillo seguidos por los curiosos á los que se han incorporado varios fotógrafos. El grupo avanza silencioso, oyéndose sólo el ruído formidable que hacen los hierros de los grillos al caminar el preso. Clarín, toque de atención).

TELÓN LENTO

Fin del drama

La Critica

ALMA GAUCHA

La compañía de Pablo Podestá verificó anoche el estreno del drama en tres actos y seis cuadros de don Alberto Ghiraldo, titulado «Alma Gaucha». Es una obra de ambiente militar. Hasta hoy el militarismo sólo había producido entre nosotros piezas con apoteosis final y salidas de sol.

El Sr. Ghiraldo ve el militarismo con lentes menos risueños, como lo ven Artleben y Beyerlein en Alemania; y pone en su drama cuadros que arrancan de lo vivo, sin exclamaciones empachosas, toscos, bravíos, según se desprenden de la verdad misma. No

rehuye la frase valiente y gráfica cuando á ello lo impulsan los hechos en crudo.

Si «Alma Gaucha» autorizara reservas consideradas en su estructura escénica, vista del lado humano, restablecería todo equilibrio y sobrepujaría las objeciones más sutiles.

Solicitado por la amplitud de su obra, don Alberto Ghiraldo divide «Alma Gaucha» en seis cuadros. Allí nos hace ver cómo una serie de hechos específicos conduce á sus heroes á la ruina moral y la pasión que desborda y mata.

El drama se inicia en un cuartel de Buenos Aires. Las primeras escenas determinan el ambiente con eficacia. Los personajes que actúan en ellas son conscriptos, de opuestas condiciones morales y sociales. Cruz es un joven paisano del Azul, donde vivía junto á su padre y á su gaucha, Alma. Allá trenzaba cueros y realizaba primores en su oficio.

Un día la casualidad descubrió que no estaba enrolado. Entonces le tomaron preso y lo enviaron á Buenos Aires. La circunstancia de no haber acatado las disposiciones militares hacen que en el cuartel le tengan entre ojos. Los rigores del teniente instructor no tienen límites para con él.

En Cruz, el gaucho vehemente reprime á duras penas los impulsos de la raza. Cierta vez sus ojos miran al teniente sin parpadear, con entereza varonil.

Los amigos de Cruz, para que éste se descencontrase con su perseguidor por unos días, le aconsejan que dé parte de enfermo. Y él. remisivo y confiado, obedece. Más cuando llega el teniente, reclama la presencia de Cruz en las filas. Y al saber por boca del médico la superchería del conscripto, intenta castigarle. Pero más diestro que su jefe, el soldado le desarma y arroja lejos de sí la espada como para significar que sólo ha querido impedir un castigo arbitrario.

Con todo. el teniente empuña su revólver y le hace fuego á quemarropa, hiriéndolo en la espalda.

Pasados los momentos de ofuscación, el jefe considera su acto y advierte que si llega á delatarse todo lo compromete. Para evitar el peligro concibe un plan, nefasto para Cruz.

Llega Alma del Azul, y cuando solicita verlo, el teniente le dice que se lo lleve. Él lo autoriza. Después de todo. eso les conviene á los dos. Y el gaucho crédulo se marcha, decretando así su propia desgracia. pues lo arrestan y lo condenan á diez años por desacato y deserción.

Deportan á Cruz á la Isla de los Estados, donde se desarrolla el segundo acto del drama. Su gaucha lo sigue. Asistimos allí á una serie de episodios conmovedores, terribles. La vida de los presos tiene en esos dos cuadros alternativas punzantes.

El hombre parece condenado á una regre-

sión primitiva, puesto ante la naturaleza para luchar contra sus elementos. Todo es desapacible allí, y á su contacto, la criatura humana siente despertar en sí las pasiones menos nobles, menos generosas, entregada al instinto más que á la razón.

En esas condiciones, los presos sólo discurren una cosa: evadirse, evadirse por todos los medios, á costa de todo sacrificio, arrostrando todo peligro. Aun en el peor de los casos, siempre saldrán ganando.

El plan está combinado, las medidas están tomadas. A una señal, se echarán sobre la guardia y se apoderarán del mando. Luego, una lancha les espera. De ahí pasarán á Chile: ¡libres! ¡libres!

Todo esto le comunican á Cruz por si quiere ser de la partida. ¿Cómo vacilar? Y acepta. Los insurrectos vencen, dominan, se hacen dueños del campo. Pero cuando pretenden embarcarse para evadirse advierten un engaño desesperante: la lancha no existe, no ha existido. Ya son libres sí, pero esa libertad les espanta, pues nadie saldrá de la isla maldita. Y se produce el desbande. Divididos en grupos ganan el monte, para vivir ocultos como fieras. Allí, acosados por la escasez de víveres, frenéticos de impotencia, cada uno se ve obligado á la defensa de sí mismo. En cada compañero hay un enemigo, impulsados todos por el instinto de conservación.

Todos los grupos vieron surgir un jefe tirá-

nico, señor de vida y hacienda. Allí se ven precisados á matar por no morir. El jefe de Cruz es Gutiérrez, un gaucho malo. Su medio de persuación es el máuser, utilizado ya en la breve dictadura. Entre ambos ha surgido un antagonismo inevitable. El primer encuentro pondrá término á la querella insostenible. Y se realiza. Gutiérrez pretende asesinar á Cruz, pero al aprontar su arma para hacerle fuego, queda cegado por un puñado de arena, y ganándole un flanco, le hunde en él su cuchillo.

En ese mismo instante, corre por la isla una noticia estremecedora: el desembarco de nuevas fuerzas, avistadas en la costa. Ya no hay esperanzas: todo está perdido.

Reducidos los sublevados, trasladan á Cruz á Buenos Aires para enjuiciarle por el homicidio que cometiera en la persona de Gutierrez. Aquí lo someten á un tribunal de guerra y lo condenan á muerte.

Tal el argumento desarrollado en «Alma Gaucha» por D. Alberto Ghiraldo.

No discutimos la obra como tendencia. El autor ha llevado al teatro un hecho real, y de él se desprende una doctrina. Desde este punto de vista, las ideas nos interesan menos que la forma teatral. Sabemos, sin embargo, que el Sr. Ghiraldo ha realizado obra escénica y obra de propaganda á la vez. Con todo, no nos corresponde involucrar en un mismo juicio el doble aspecto de su drama.

Hay en él un fondo de verdad, y si por

una parte fuera impropio reducirlo á la categoría de hecho aislado, por otra sería temerario generalizarlo.

Lo que sí merece aprobarse es el acierto siempre sostenido de su propaganda. La idea surge de los hechos, se desprende de su carácter mejor dicho, sin peroraciones, sin comentarios. Esto mismo las hace simpáticas á veces.

Considerada como obra teatral, «Alma Gaucha» se impone desde luego. Su técnica es firme, la acción se desarrolla con regularidad. Los episodios se suceden unos á otros lógica y sólidamente, sin vacilaciones, sin tropiezos.

«Alma Gaucha» triunfó anoche desde el primer cuadro. Antes que éste acabara no pudo contenerse el aplauso unánime y nutrido, frecuente á partir de allí hasta la última escena.

Un detalle, entre otros, nos parece de gran belleza artística: el que cierra el segundo acto.

A pesar de la insistencia con que fué llamado á escena D. Alberto Ghiraldo sólo se presentó al final de la obra, y lo hizo en compañía de sus intérpretes, para compartir con ellos la ovación que le saludara.

José León Pagano.

(La Nación).

Un drama intenso fuerte y punzante es «Alma Gaucha», del señor Alberto Ghiraldo, que estrenó anoche en el Argentino la compañía del señor Pablo Podestá. Del principio al fin. se apoderó del interés y de la emoción de los espectadores. llegando á veces hasta provocar el escalofrío trágico. A pesar de lo recio de sus hechos, á pesar de las cuchilladas y los tiros intercalados en la acción, «Alma Gaucha» no cae en ningún momento en el grosero melodrama. Es que el tema tumultuoso, el medio á veces salvaje donde los sucesos de la pieza ocurren. las figuras rudas, los caracteres bravíos, la índole impetuosa de los conflictos que el autor presenta en su obra, todo ello debía traducirse en violencia y arrebato. Y esa violencia del desarrollo material resulta, lógicamente, correlativa de la violencia virtual del argumento mismo.

En ese argumento nos cuenta el señor Ghiraldo la historia del triste gaucho Cruz. Soldado. siente rebelarse instintivamente sus altiveces de hombre libre, ante las imposiciones férreas y humillantes de la disciplina militar. Cierto día su rebeldía latente estalla. El teniente lo hostiliza y él choca con el teniente. Una escena de pugilato donde el superior queda desarmado: un tiro de revólver que abate al insubordinado; un sumario y una deserción de Cruz. maquiavélicamente facilitada por el oficial que busca amenguar su culpa agravando la del in-

ferior, y por último una condena á presidio en la Isla de los Estados. Este primer acto es rápido y está dibujado con mano maestra y segura. Lo remata una escena llena de ternura y emoción: la llegada de la novia de Cruz, de Alma, que viene desde el pueblo nativo á consolar á su amante, á quién no abandonará ya más.

Lo acompaña hasta el presidio allá en la desolada extremidad del sur. La figura de Alma es bellísima. La mujer se sacrifica por su hombre pasando con él todas las vicisitudes y todas las miserias de la prisión y del destierro. Lo alienta, lo sostiene, lo reconforta en sus desesperaciones y tristuras, á fuerza de fidelidad y de cariño. Y ni un momento sólo deja de conmovernos ese tipo de mártir del amor y de la abnegación femenina. Un día los presidarios se sublevan. Se baten con la escasa guarnición y la vencen: se apoderan de sus pocas armas y huyen. Alma sigue á su Cruz en la dura odisea. El grupo de prófugos gana las marañas agrestes de una isla vecina. Y sucede que los cabecillas, únicos que conservan armas para imponer su autoridad á la banda, vuélvense tiranos de sus compañeros, lobos en el rebaño, abusando de la fuerza. Cruz se rebela nuevamente. Él que busca la libertad, él que odia la esclavitud, se ve nuevamente dominado. Vuelve á chocar con uno de los cabecillas, riñen y lo mata. Pero las fuerzas que los persiguen se aproximan. Pre-

ciso es huir. Cruz no puede hacerlo. Su Alma está enferma, febriciente, postrada. No puede abandonarla y se quedará con ella á esperar lo que suceda. Otra escena hermosa y penetrante pone fin al segundo acto. En medio del bosque salvaje Cruz ha quedado solo con Alma. Sobre sus rodillas sostiene la cabeza de la mujer doliente y quejumbrosa. Allí cerca, á pocos pasos de distancia, yace el cadáver del cabecilla á quién el gaucho mató momentos antes en combate. Alma se lamenta, delira, tiene frío: pide á su Cruz que la ampare y que la abrigue. ¡Abrigarla! ¿Con qué? Le ha dado ya su poncho y nada más puede ofrecerla. Ella sigue implorando que la abrigue ¡Tiene frío, frío! De pronto ve Cruz que el cadáver vecino conserva su poncho. En la soledad solemne y vasta de la selva circundante, aproxímase el gaucho hasta el cuerpo del muerto: sigiloso y trémulo le arranca, poco á poco, el poncho y envuelve con él á su amada gemebunda, mientras ella desvariando tiembla, castañeándole los dientes. ¡Tiene frío...frío! Deveras que este pasaje nos pareció magnífico. El telón que cayó sobre él hubo de levantarse repetidas veces, ante aplausos sonoros con los cuales descargaba sus nervios tensos la sala entera.

En el tercer acto encontramos á Cruz nuevamente en el cuartel de donde saliera para el presidio. Fué apresado y vuelto á

la ciudad. Un consejo lo condena á muerte por homicicio y resistencia á mano armada. Más tarde lo vemos en capilla. Y tanto aquél como éste pasaje están dibujados con gran colorido y relieve. Luego las escenas que preceden á la ejecución, rayan en lo patético por su angustiadora verdad. No podemos describirlas como desearíamos, pues escribimos demasiado tarde y nos falta absolutamente tiempo para ello. Solo mencionaremos la salida del reo arrastrando sus grillos, entre soldados armados, entre el gentío de curiosos, periodistas y fotógrafos que lo corteja. A cada paso de su marcha penosa y tarda, rumbo á la muerte, Cruz se vuelve y quiere desasirse de las manos que lo sostienen. Es su última protesta contra el poder de los demás, que ha sentido gravitar sobre sí durante toda su doliente vida...

El drama del señor Ghiraldo tiene un gran empuje combativo. Carecemos de tiempo para discutir ahora su tendencia revolucionaria y propagandista que por lo demás nos interesa secundariamente. Lo que más interesa en él es la obra artística. Y la obra artística, lo repetimos, nos parece fuerte y bella como pocas. De una gran sobriedad en la técnica, se desenvuelve directa y segura, siempre en creciente progresión emocional, hasta culminar en ese escalofriante desenlace, que tiene en su plasticidad brutalmente trágica, toda la eficacia de un

bravo panfleto contra la pena de muerte. «Alma Gaucha» no carece, por cierto de defectos. Antes que un gaucho prototipo del alma nacional, el señor Ghiraldo ha pintado un rebelde orgánico, un rebelde por naturaleza, un cismático en pugna eterna contra el ambiente, un inadaptable al medio social. No es nuestro gaucho como ese personaje hosco y sombrío que él pone en escena. Veinte detalles lo denuncian: su invariable aire sublevado: su irreligiosidad, su intransigencia, su soberbia provocativa y torva. No: no es ese nuestro gaucho. Es más bien un personaje simbólico, en el cual el autor ha encarnado acaso sus propias rebeliones...

De cualquier manera: digámoslo otra vez para terminar: «Alma Gaucha» nos parece un drama hermoso. Nos parece, sobre todo, una obra de rara valentía, que revela estas tres altas condiciones: un carácter, una inteligencia y una convicción.

JUAN PABLO ECHAGÜE.

(*El País*).

Da tre sere, nel teatro Argentino, dove inauguró con meritata fortuna il suo primo corso di rappresentazioni la nuova compagnia nazionale, messa insieme con intenzioni d'Arte da Paolo Podestá, una folla com-

patta va ad ascoltare, a vedere il dramma nuovissimo «Alma Gaucha» di Alberto Ghiraldo. E ai casi umani presentati nella piú semplice forma di cronaca sceneggiata con potente efficacia, in sei quadri, aggruppati in 3 atti, si commuove, li deplora e... applaude negli attori la interpretazione ottima, nell'autore il coraggio di essersi messo contro ogni riguardo di ipocrisia sociale, con animo sereno, á fin di bene.

Chi conosce di persona Alberto Ghiraldo, dal volto dolcemente espressivo, mite, buono, gentile, e non sa del suo passato di combattente per un'idea umanitaria; chi non ha letto il suo primo saggio teatrale «Alas», la cronica di un periodo di prigionia che intitoló «La tirania del frac», l'ultimo volume da lui pubblicato «Carne doliente»: chi non ha letto i suoi articoli di indole sociale e non lo udí accalorarsi nel discorrere nei comizi operai, non puó credere che egli sia il «ribelle» ardito autore del dramma «Alma Gaucha». Egli non si atteggia ad energumeno rivendicatore dei diritti umani, non si «trucca» da apostolo, non «posa»: la sinceritá é la sua caratteristica, e ció che l'animo suo vede e sente va significando nelle sue opere, con una buona fede che impone rispetto, non le fa discutere con acredine e slancio accaniti di passione partigiana.

Si puó non pensarla come lui, si puó dissentire per indole, per educazione spirituale, per sentimento di quieto vivere, ma-

gari per convenienza propria, dalle idee «rivoluzionarie» di Alberto Ghiraldo, ma chi non confessa che quelle idee—tradotte nel libro e sul teatro—mettono almeno un atroce dubbio nell'animo anche dell' «uomo d'ordine?»

—Chi non pensa che le idee, che oggi fanno tanto paura ai poteri costituiti, dovranno un giorno, anche in questa America erede dei piú infausti pregiudizi di un vecchio mondo, sommergendo interessi tirannici, dare finalmente ad ogni essere pensante il suo valore?

Ascoltando il dramma di Ghiraldo si impone l'idea antimilitarista? E avrete il coraggio di mettervi una mano sul cuore, innanzi alle gesta del protagonista del dramma, e non imprecare come lui: «La legge! la legge!» vedendolo condotto a morte?

«Alma Gaucha» puó essere, dunque, discussa dal punto di vista sociale, come lavoro d'idea, di propaganda efficace, e come opera d'arte. Non dissertiamo dell'idea —andremmo, forse, troppo lontano, dagli obiettivi di questa cronaca—affermiamo che se il teatro é uno dei migliori mezzi, forse il piú efficace come propaganda—confortiamo la nostra asserzione con l'esempio piú generalmente noto: «Toga rossa» di Brieux—Alberto Ghiraldo seppe servirsene con saggio criterio.

Giudicatene:

Siamo nel cortile di un quartiere militare, é suonata da poco la sveglia, si avvicina l'ora dell'istruzione dei coscritti. Tra questi v'é un soldato Cruz, un figlio di gaucho dall'animo fiero che quando l'esercito argentino guerreggió gli indii pacifici, per distruggerli. in nome della civiltá, con quelli aveva fatto causa comune: l'esercito era la tirannia, il vecchio Cruz aveva istillato i suoi sentimenti nell'animo del figlio. E il figlio, buon lavoratore al campo, non si era curato di rispondere agli obblighi di leva. Ma capita un giorno di essere obbligato á far da testimone in ufficio di polizia: Siete voi iscritto soldato? gli domandano—Non ne ho l'obbligo come figlio unico di vecchio piú che sessagenario.

—Ma la legge vi obbligava lo stesso a presentarvi alla chiamata di leva. Non lo avete fatto? siete renitente. Dunque senza remissione. per due anni. al servizio militare! E da Azul lo mandano nel quartiere. dove noi lo troviamo. in Buenos Aires.

Il povero Cruz diventato coscritto non poteva certo prestar servizio con buona cera. Egli pensa al suo vecchio padre che non poteva piú aiutare. alla libera, vasta campagna nella quale aveva domato con valore il cavallo selvaggio, alla donna che a lui s'era data con tutta l'anima ardente di passione. E il suo fare remissivo e taciturno dava ai nervi al tenentino istruttore

delle reclute. Il giorno prima il tenente lo aveva trattato male, Cruz lo aveva guardato nel bianco degli occhi un po' minaccioso. La cosa aveva impensierito i compagni e in particolar modo il caporale istruttore che consiglió il coscritto a darsi ammalato per quella mattina, a fine di lasciar sbollire i furori del tenente. Cruz accetta il consiglio, se ne va nella sua camerata, non si presenta all'appello del plotone di cui fa parte.

Il tenente, peró, passando per il cortile lo aveva veduto a parlare col caporale istruttore, ne domanda a questi, chiama un soldato infermiere, gli ordina di far subito visitare il Cruz dal medico, il medico non lo riconosce ammalato.—Che venga subito, ordina allora, giá montando su tutte le furie, il signor tenentino.

Cruz giunge, il tenente lo riceve con bruschi modi, gli mette le mani addosso, l'altro lo disarma, imponendogli rispetto, ma, padroneggiandosi, butta via la sciabola tolta al suo superiore. Questi, invece, impugna il revolver e spara contro il coscritto, a bruciapelo, colpendolo in una spalla.

—

—Aveva ragione quel signor tenente?

Egli stesso non se ne dá, cosí che considerate le conseguenze che per lui poteva avere il barbaro atto commesso, fa isolare con ogni riguardo il ferito in una cella, lo

fa curare, e sta in forse sul da fare, pur contando sulla protezione del comandante del reggimento che é suo parente. Allora viene da Azul, dove é giunta la triste nuova, Alma, l'amante di Cruz, e per vederlo si rivolge, chiedendone il permesso, proprio al tenente feritore; che era di guardia. Il tenente concepisce un atroce progetto! consiglia ad Alma di indurre il Cruz ad andarsene dal quartiere con lei: glie lo permette, é persino disposto, per il reciproco bene—«Gli conviene e mi conviene» dice—ad aiutarlo con danaro. E raggiunge il suo scopo, senza sborsare un quattrino perché Cruz e la sua amante non ne vogliono da lui. Cruz e Alma fanno ritorno all'Azul.... il tenente é salvo da ogni responsabilitá, e il coscritto viene dichiarato disertore, riarrestato, processato, mandato, con lunga condanna tra gli squallori della Isola degli Stati! Solo gli si concede di condurre colá seco la sua donna.

Il quadro che il Ghiraldo ci presenta dei prigionieri in quell'isola sconsolata é di una convincente veritá desolante! E Cruz e la sua Alma pur vi si sono rassegnati; ma gli altri reclusi han progettato una fuga, vogliono assaltare la guarnigione, si approprieranno delle armi, guadagneranno i boschi giungeranno ad una sponda dove una barca li aspetterá per condurli al Cile. La libertá! La libertá! La fanno balenare anche agli occhi di Cruz. La sua gaucha non l'abban-

donerá, indosserá abiti maschili e andrá con lui. E l'assalto avviene, e la guarnigione é disarmata e i reclusi si organizzano in drappelli e fuggono, vanno dove li aspetta la barca salvatrice.

La barca non v'é! Bisogna rassegnarsi a vivere raminghi, nei boschi, come bestie, aspettando una provvidenza. Tutto Cruz e la sua Álma sono disposti oramai a sopportare; ma non i soprusi del capogruppo della evasione, un tal Gutierrez, che a sua volta é divenuto il despota della situazione. Gutierrez odia Cruz, insofferente di giogo, gli invidia la donna, in un alterco lo minaccia di morte con la sua arma: ma Cruz piú lesto e deciso lo acceca con un pugno d'arena e lo uccide di coltello, con un colpo solo bene assestato. I compagni lo salutano come un liberatore.

Intanto Àlma é lí a terra, malata, uccisa dai disagi, tremante per la febbre che le dilania il sangue: sotto un albero é disteso il cadavere di Gutierrez, e giunge la nuova che uñ'altra guarnigione é giunta nell'isola, nuova forza armata, non v'é scampo per i disgraziati che nella guerriglia, fuggendo come lupi innanzi al cacciatore.

Fuggire? Ma la povera gaucha, la povera Alma non puó piú camminare, é lí esausta! Fuggite voi, dice Cruz: io aspetto qui la mia sorte.

— Ma quel cadavere é una cattiva compagnia per te gli dicono i compagni.

—Io rimango accanto a lei! Addio!

E i compagni fuggono.

Alma é lí, a terra, morente di freddo. Cruz strappa al cadavere di Gutiérrez il mantello che fa da sudario, la copre e se la stringe al seno.

Questa scena il vecchio Sardou non sdegnerebbe di firmarla!

Il penultimo quadro del dramma avviene innanzi al Supremo tribunale di guerra. Cruz é lí, con la catena al piede. Invano il suo avvocato difensore, sfidando gli ammonimenti del generale presidente, lo difende strenuamente, tutte a lui rivendicando le qualitá del fiero e nobile animo di gaucho: la sentenza di morte viene confermata.

Cruz é il simbolo della ribellione ad ogni tirannide, le leggi inflessibili della tirannide sociale non potevano dargli ragione.

E con l'ultimo quadro il Ghiraldo, che non un dettaglio trascura, per sferzare a sangue tutte le ipocrisie della societá nella quale ancora ci acconciamo a vivere, ci fa assistere all'ultima ora del condannato.

Cruz va a morte, mentre é su lui appuntato l'obbiettivo della macchina fotografica, mentre si scoprono gli astanti che hanno ottenuto il favore di assistere all'inumano spettacolo della fucilazione, mentre cade la tela.

Va a morte Cruz, ma non prima di aver raccomandato alla sua Alma dilaniata dal dolore, che ha ottenuto un ultimo pietoso colloquio, di educare il figlio che ha nel seno ad odiare l'esercito, il militarismo che é la forza di ogni sopruso umano, il baluardo servente le ambizioni dei malvagi, sino a che, abbattuto, tutti i popoli del mondo potranno abbracciarsi fraternamente in una santa comunanza di lavoro e di affetti!

Come vedete, lettori, il dramma nella sua crudeltá espositiva, pur non mancando di difetti naturali in chi non ha ancora acquistate le malizie del drammaturgo, é forte, magnifico, interessante. Si puó discutere l'idea, si puó ostacolare la propaganda che ne deriva: ma al coraggio di Alberto Ghiraldo, al suo valore, con buona ragione da tre sere il pubblico dell'Argentino batte le mani.

E con l'autore dividono gli onori della ribalta gli esecutori. E in prima linea Paolo Podestá che ha messo in iscena il nuovo lavoro in maniera inappuntabilmente efficace dal punto di vista esecutivo e pittorico, personalmente assumendosi con onore la parte di Cruz.

Accanto ai nomi di Ghiraldo e di Paolo Podestá bisogna mettere quello di Erminia Mancini: Alma; mentre non vanno lesinate le lodi agli altri loro volenterosi coadiutori.

E cosí—ce ne compiacciamo sinceramente —che nella forma piú popolare e caratteristica si forma un nuovo teatro nazionale, e non con i concorsi a titolo obbligato, per le esercitazioni in atti unici che sanno di corsa non alla conquista di un ideale, ma ad un premio di mille pezzi elargito da un mecenate incoraggiatore della coltivazione dei funghi.

VICENTE DI NAPOLI-VITA.

(La Patria degli Italiani).

Drama fuerte, vigoroso, de recia contextura, de sinceridad y valentía, de verismo y emoción ha realizado Alberto Ghiraldo.

Los personajes hábilmente manejados, dentro de su exactitud, desfilan al través de «Alma Gaucha», como girones palpitantes de mundos que el dolor sacudió, como espíritus que enturbia la inconciencia ó que el mal arroja—sombras de voluntades inertes—á la brecha desolada de un injusto malestar, al llanto ó á las pasividades, á la degradación ó al crímen, que es crímen de otros....

Elocuente y hondísimo episodio arrancado á la realidad de una dolorosa vida, con mano diestra como pocas, el drama surge atrevido á los ojos del espectador, impresionándolo vivamente desde el primer momento, en esa

ráfaga intensa, de brutalidad «gorkiana» que el autor ha soplado, con nervio y pasión de artista, con envergadura de pensante, afirmando las altiveces de una sagacidad llena de amor y de esperanza.

Ghiraldo no presenta al público como hubo quién creyere, los planteles de una tésis constituída por el hombre que piensa y exteriorizaba en boca de personajes filósofos que dialogan doctrinas. Muy por el contrario, el fondo tendencioso y combativo se desprende en «Alma Gaucha» de la misma acción dramática ruda y cruelmente ajustada á la verdad. Ghiraldo describe escenas, pinta hechos, ofrece la sensación fatal y emocionante de algo que es carne y vida. Pero, sin dictar consecuencias, sin aventurarse en reflexiones áridas, aquellas sensacionales pinturas hacen que el público medite. Y entonces, surge la tendencia abiertamente anti-militarista de la obra.

Se trata de un gaucho joven, que la justicia vigilante sorprende y aprisiona en el Azul, por infracción á la ley de enrolamiento.

Cruz es el nombre del impetuoso y buen gaucho libertario. En el cuartel de Buenos Aires—primer acto—él cuenta á sus compañeros cómo fué. Un día tuvo que prestarse de testigo á raíz de un incidente. En la comisaría del pueblo le exigieron la libreta, y, claro, no la tenía. Detuviéronle y sobrevino la desgracia. La cárcel cuartelaria requirió su libertad. Y allí estaba: desgraciado,

instrumento, cosa, como todos los que le escuchaban. ¡Ah! Pero aquello no podía seguir. Él era hombre, quería ser libre, y el teniente de la compañía de reclutas, tiranuelo maltratador é impositivo le iba á obligar á hacer algo.... Ya arreciaban las hostilidades. El día anterior le había restrucado con dignidad y firmeza. Ahora, por insinuación del cabo instructor, tenía que esconderse en la cuadra, fingiéndose enfermo para no «molestar al mocito». En el cuartel no existían hombres: todos eran muñecos. Y, «así tendrá que ser».... decían sus compañeros. ¡Malhaya!....

Los presentimientos de Cruz se cumplen. Al formarse la compañía de reclutas, nota el teniente la falta del gaucho, y reclama su presencia. Cruz, aparece, y el teniente le insulta imponiéndole á golpes y empujones su lugar en las filas. El gaucho estalla en rebelión. Exige respeto, y desarma al superior ensoberbecido que pretende herirle. El teniente saca su revólver y Cruz cae bajo la bala certera en brazos de dos soldados. ¡A la cuadra con él!—grita el heridor.—A la enfermería, mi teniente....—insinúa el cabo.—¡A la cuadra he dicho! y cae el telón del primer cuadro, mientras el público, conquistado por la belleza que Ghiraldo ha sabido imprimir á sus escenas, aplaude con unánime sentimiento.

En el segundo cuadro, aparece Alma. Cruz le ha escrito, y viene á verle, á llevárselo

enseguida si es posible. El teniente facilita el cumplimiento de ese anhelo profundo.—¿Viene á visitar á Cruz, mocita? Puede llevárselo si quiere. «Me conviene y le conviene.» He ahí la inesperada declaración del teniente. Alma no cabe en sí de regocijo. Antes del toque de silencio, esa misma noche, partirá con «su gaucho». Así se lo manifiesta á Cruz, después de una escena tierna, saturada de honda dulzura, y Cruz acepta la proposición: «por sí mismo, por su libertad, por su gaucha querida, y por el viejo, pobre, que está enfermo en el pueblo.» ¿Pero no será peor? No le estarán tramando algo malo? Quién sabe.... No importa. ¡A vivir! Color, ambiente, belleza, soltura gráfica en los diálogos, intensidad dramática, movimiento, arte en una palabra. Hé ahí el primer acto.

En el segundo, el autor nos conduce á la Isla de los Estados. Al presidio allí existente han condenado á Cruz, descubiertos los hechos después de la huída del cuartel, por insubordinación y deserción. Diez años de presidio....

Al fondo, el mar azul. Junto á la costa un camino hacia el faro. Los confinados están abriendo el sendero á golpes de piqueta. Allá, en las lejanías de otra escarpada costa, altas montañas. Y á la izquierda, el rancho de Cruz y Alma. Agreste y perfumada flor de heroísmo. Alma ha seguido á «su gaucho» hasta las frías soledades de aquella muerta

Siberia. Mujer todo corazón, palpita en la obra como el gérmen y la llama de vida que arrastra dignificando, que encadena para libertar, que todo lo envuelve con su gran caricia de sol; que va encendiendo energías, creando alientos; repartiendo fervores—síntesis de bondad, de humanidad, de altura idiosincrática, de vínculo sin egoismos—y hablando, besando siempre como un amor que canta. Esa es la mujer...

Nosotros, bien quisiéramos que los espectadores que aplauden conmovidos esa «alma gaucha» y hermosa, se hubiesen compenetrado por completo también de la brava significación que á la manera de un símbolo está en el fondo de esta mujer intrépida y errante.

Ella es la más viva carne «espiritualizada» del sacrificio. Y hé ahí que Ghiraldo ha querido acaso dar con ella la visión blanca y limpia de una virtud consoladora y compañera, estéril en medio de su grandeza y magnanimidad, para alcanzar á sobreponerse á la palanca formidable de un feudalismo evolucionado, que acosa y envilece al hombre hasta quitarle su derecho á la vida...

Los presidiarios preparan una evasión. Hacen á Cruz el ofrecimiento de alistarse en la partida. Cruz está dispuesto á ello. Ya lo ha dicho: «la libertad ó la muerte!»

Producida la sublevación en el momento de tocarse á rancho, los presós organízanse en distintos grupos, cada uno de los cuales

lleva dos cabecillas armados con los mausers que no pudieron defender los míseros guardianes de la gobernación. También aquellos soldados, eran unos pobres presidiarios como los que acaban de sublevarse....

El grupo en que han de marchar Cruz y Alma, está principalmente capitaneado por un preso altanero y agresivo, que desde el primer instante se impone á los demás é irrita á Cruz con sus mandatos de dictador bandolero.

Hay una escena brusca entre los dos, y Cruz, experimentando ante este nuevo jefe la sensación de otra esclavitud, le contesta bravío, en los sacudimientos de su integridad ingénita.

Alma le detiene. Todos se ponen en marcha. Y, como respondiendo al último gesto imperativo del dictador, Cruz, abrazando á su «prenda», dice: «¡Adelante, Alma, adelante!» y Alma le sigue.

Es así como termina el primer cuadro de este acto. El cuadro segundo es de una salvaje belleza. Los fugitivos presidiarios están tendidos sobre la nieve en un pintoresco claro de la selva compacta. Cinco días de penurias al través de la selva, y extenuados, hambrientos, van á caer bajo la garra de las fuerzas militares que llegarán de Ushuaia.

Se han perdido esperanzas. Cruz, apartado del grupo, cuida á su Alma que está enferma. Las imposiciones del jefe han re-

crudecido y van con mayor frecuencia enfiladas contra Cruz y la «prenda».

Nadie se atreve á repeler la agresiva preponderancia del cabo erigido en déspota. Pero Cruz ya no puede resistir tales imposiciones, y ante un insulto grosero, dirigido en presencia de su Alma, la indignación se desborda. El jefe de la partida, cae muerto bajo el ímpetu libertario de Cruz.

Pero he aquí que un compañero anuncia á los fugitivos el desembarco de nuevas fuerzas en la isla. Necesario es que el grupo emprenda rápida fuga, internándose en la maraña viva como un tropel de fieras.

Cruz no puede abandonar el sitio. Alma ha caído rendida por el cansancio y el hambre. Tiene fiebre. Preciso es atenderla. No podría caminar. Y el gaucho, en un arranque de su habitual coraje, incita á los compañeros á ponerse cuanto antes en salvo, quedándose junto á su Alma, y frente al muerto.

La escena es una de las más crudas y penetrantes de la obra. La nieve está blanqueando los árboles. Cruz, para cobijar á Alma, quita al cadáver el poncho con que momentos antes le cubriera. Alma se extremece con temblores febricientes. Tiene frío, tiene frío...

En el tercer acto, aparece Cruz encadenado ante un consejo de guerra. El fiscal acusa. Defiende el abogado con calor. El tribunal imperturbable y rígido, delibera. ¿Defensa? ¿Humanidad? Nada valen. No

existen... Cruz, el buen gaucho altivo y libertario como la Pampa misma, es sentenciado á muerte.

Un sordo son de grilletes acompaña la salida de Cruz.

—Pero esto es inhumano; es la injusticia; es la barbarie!....

—Así es, más el código se presenta inflexible.

—¡Entonces hay que reformar los códigos!

—Sí, hay que reformarlos...

«¡Y, en tanto, la sangre sigue empapando al mundo!»

El último cuadro resulta de una veracidad terrible, de una potencia dramática exclusiva. Es la capilla ardiente donde el buen Cruz aguarda la hora infame. Esa escena entre Alma y Cruz en tal situación, enternece y aflige: es dolorosa como la misma realidad, cuyos detalles ha traído Ghiraldo con una exactitud casi fotográfica, llena de emocionantes palpitaciones.

Ávido público se congrega frente al banquillo trágico, alrededor de la capilla ardiente.

Llegado el gran momento, Cruz engaña á su Alma. Es la primera vez que le engaña y á un paso de la muerte. ¿Cómo imaginar que Alma pudiera presenciar el sacrificio?

—El abogado necesita hablarme un momento—le dice Cruz. Alma sale. Y, á poco, en medio de un silencio abrumador, la figura del gaucho se destaca, marchando tra-

bajosamente hacia la ignominia que le erigen los hombres.

Al paso de Cruz hacia la muerte, el público curioso se descubre con la religiosidad de la impotencia. Una angustia sombría se cierne sobre el cuadro.

—¡La ley!... ¡La ley!... He ahí las últimas palabras de Cruz. El drama bárbaro se trunca con la caída del telón.

No existe una protesta más vibrante contra la pena de muerte.

Cruz es un temperamento, un carácter con robustez delineado, que puede sintetizar algo así como la oculta energía de una raza. Es el ejemplar nativo. que dió la tierra vírgen como un fruto sano que el ambiente no puede contaminar mientras su entereza bravía resiste, heroica y por naturaleza, las influencias viciosas de una civilización que se resiente, sino de innoble como algunos opinan, por lo menos de injusta y mal dispuesta.

Ghiraldo se ha erguido frente á la vida, sin vacilaciones. Y nos ha presentado uno de sus dolores más inícuos...

José de Maturana.

(*El Tiempo.*)

Desde hace tiempo no se presentaba en la escena nacional un drama vigoroso. intenso, como «Alma Gaucha» de Alberto Ghiraldo, estrenado anoche por la compañía de Pablo Podestá, en el Argentino.

Todavía nos hallamos bajo la impresión producida por esta obra, por la vividez de su concepción, que arranca de un hecho lógico; por el colorido de su acción, por lo interesante y conmovedor de su argumento, tratado con sobriedad, pero intensamente, hasta desgarrador en ciertos momentos, y que mantuvieron en constante tensión de espíritu al auditorio que seguía paso á paso el desarrollo del drama.

El señor Ghiraldo ha abordado un tema altamente humanitario: presentando un caso en toda su conmovedora y sencilla desnudez. La producción citada es varonil, de empuje, y teatralmente es una obra admirable. Ghiraldo ha esplayado en el campo del teatro de ideas un trabajo meritorio bajo todo concepto. La fustigación á la última pena está demostrada en ese drama, con toda vehemencia.

Al concluir el primer acto, que se compone de dos cuadros, se vislumbró que el éxito más completo coronaría la obra.

En ese primer cuadro queda planteada la síntesis del drama, y en el segundo se ve la conexión con que procede el autor. Son dos cuadros éstos que en su factura sencilla, dentro de lo humano y exentos del efec-

tismo teatral despertaron poderosamente la atención. Y el interés fué subiendo de punto en el segundo acto llegando en el tercero—primer cuadro—á su momento culminante, hasta su fin—segundo y último cuadro—conmovedor, doloroso, que deja en el público el sentimiento de haber presenciado un hecho real. La escena final, la visita y despedida de la intrépida Alma al pobre condenado á muerte—soldado Cruz—es un cuadro de tal fuerza verídica en su colorido que llega al corazón.

El auditorio no perdía un sólo detalle de esa escena: hallándose supeditado á la acción, y cuando bajó el telón, en momentos en que Cruz se encamina al banquillo en que será fusilado, la nerviosidad dolorosa, mantenida por largo rato, experimentó algo así como un alivio: los aplausos se tributaron expontáneos, unánimes, saludando al autor, que tuvo que presentarse varias veces en unión de los intérpretes.

Repetimos que «Alma Gaucha» ha hallado una recepción entusiasta y merecida.

Una vez más hemos constatado anoche la dedicación de los elementos de esta compañía en el estudio é interpretación de los papeles, en cuyo desempeño primaron especialmente Pablo Podestá que al papel de protagonista, soldado Cruz, le dió una muy excelente personificación, lo mismo que la

señora Mancini en su parte de Alma, tuvo acentos y arranques pasionales verídicos. Los demás intérpretes, justo es reconocerlo, estuvieron bastante acertados en el desempeño de sus respectivos papeles.

La obra en cuestión ha sido presentada en su decorado y «mise en scéne», muy bien.

Con «Alma gaucha» tendremos indudablemente, repeticiones para rato.

(La Razón).

La critica y los aplausos entusiásticos han sancionado el drama de Ghiraldo sin reticencia, ni distingos, como obra grande.

En «Alma gaucha», los personajes están tallados á fuertes golpes de cincel.

Cual corresponde al campero, más acción que palabra, más intuición que pensamiento, próximo á la naturaleza, inconscientemente anárquico como es ateo el niño, así es ese Cruz formidablemente rebelde, bravamente hombre, que ha concebido Ghiraldo con acierto singular, con verdad realísima.

El poderoso engranaje del ejército que estruja y aniquila, tenía que triturar forzosa é ineludiblemente á ese hijo de la Pampa, indómito, libre como los vientos soberanos de su región y cuya mente tan saturada de libertad, tan hecha á semejanza de

la tierra nativa, no puede concebir la opresión, la tiranía, la esclavitud, otro dominio que no sea el de los brazos amorosos de su Alma...

Hay vida, ambiente, realidad, belleza en ese drama trágico á más no poder, que subyuga al espectador, que le hace sufrir hondamente en el segundo acto y lo conmueve hasta el paroxismo del odio en el tercero.

¡Bravo anatema contra la pena de muerte!

¡Soberbio apóstrofe contra el militarismo!

Ghiraldo ha hecho obra de arte y de arte útil.

No á todos es dado hermanar utilidad y belleza.

EDUARDO G. GILIMÓN.

(La Protesta).

En el Argentino sigue siendo «Alma Gaucha» el gran atractivo. Verdad que la obra de Ghiraldo tiene las condiciones necesarias para conseguir éxito y verdad también que ella ha sido puesta en escena con toda corrección.

Es la primera vez que aparece en nuestro teatro un drama de la índole ae «Alma Gaucha». Por vez primera el antimilitarismo ha dado señales de vida en el teatro

nacional y lo ha hecho con energía y aplomo admirables.

El drama de Ghiraldo es de indiscutible valía. Desenvolviéndose como se desarrolla la trama en un ambiente de rebelión, podía sospecharse que el autor cayera en lamentables declamaciones. No es así, muy al contrario, Ghiraldo apartó ese recurso innoble é hizo obra de arte. De ahí, pues, que el triunfo sea intenso y que el fin de la obra se manifieste más secreta y hondamente, con todos los peligros que encierra esa finalidad...

En fin, no es el momento de hablar largo y tendido sobre «Alma Gaucha». Hay un hecho elocuente que no dejaremos de anotar: Era el lunes á la noche, había terminado el espectáculo en el Argentino y un público numeroso habíase estacionado en la puerta del teatro. A poco de estar ahí, oímos aplausos y vivas. Después ese grupo de cuatrocientas personas siguió, vivando y aplaudiendo, á la pareja formada por el autor de «Alma Gaucha» y una simpática y joven mujer.

En ese instante las campanas de los templos vecinos anunciaban que un año nuevo se iniciaba.

(Tribuna).

Lo que forma el fondo de la impresión hondamente artística provocada por las escenas de esta obra dramática, es la cohesión absoluta de las mismas; la precisión homogénea que preside al desenvolvimiento de la trama, que parte de un punto netamente definido para confinar á un resultado férreamente lógico, indescartable, sin dejar el menor lugar á la idea de que el desenlace fatal pudiera haber sido otro.

Alberto Ghiraldo no ha complicado la acción de su bello drama con episodios paralelos y secundarios. Empreñada de realismo extraordinario la caracterización de Cruz y de Alma que palpitan en la escena como en la misma vida real, lo mismo define en unas cuantas plumadas los caracteres de los demás personages que encuadran la acción en medias tintas sabiamente perfiladas.

Y con la sobriedad de recursos de que hablamos, con la mesura y la parsimonia en los efectos escénicos que surgen por sí sólos del drama, ha conseguido el autor de «Alma Gaucha» producir en el público sensaciones arrebatadoras que vienen sucediéndose desde la primer escena hasta la última, haciéndole palpitar intensameute con la víctima y provocando en él la tácita reprobación de un régimen disciplinario que no cuadra con las tradiciones ni la índole fundamental de nuestra raza.

Félix Quesnel habría reconocido en «Alma

Gaucha» la aplicación esmerada de su teoría favorita en cuanto al teatro moderno: «un palpitante trozo de vida trasportado á las tablas con sus hedores morales y sus bellezas plásticas».

R. MANIGOT.

(Sarmiento).

«Alma Gaucha», el drama de Ghiraldo, es una obra de tan buena factura como valerosa tendencia.

Sin declamaciones contraproducentes, con el vigor de los hechos reales que presenta habilmente sintetizados para la adaptación escénica, es un elocuente argumento contra el militarismo cuya absurda prepotencia basada en el brutal rigor de la disciplina indiscutida, pone de relieve.

(El Diario Español.)

En el teatro Argentino acaba de estrenarse un hermoso drama del joven escritor Alberto Ghiraldo. Se titula «Alma Gaucha». Es un trozo de vida intensa, llevado á la escena, en forma vigorosa, que pone de relieve el espíritu combatiente de su autor.

El señor Ghiraldo nos presenta, con la amarga crudeza de la realidad, escenas de cuartel, en donde los conscriptos sufren los desmanes del militarismo. Sin que los personajes de «Alma Gaucha» se entretengan en hacer sobre la escena divagaciones filosóficas ni exposición de ideas libertarias, la obra es de combate, y su propaganda surge no de lo que aquéllos dicen, sino de la vida dolorosa que llevan.

El señor Ghiraldo, consecuente con sus ideales, ha llevado al teatro dos temas que son siempre de actualidad: los abusos del militarismo y la pena de muerte.

El ruidoso éxito de la obra debe complacer á su autor, pues con razón puede afirmarse que su trabajo ha sido comprendido.

(*Caras y Caretas*).

Buenos Aires, Enero de 1907.